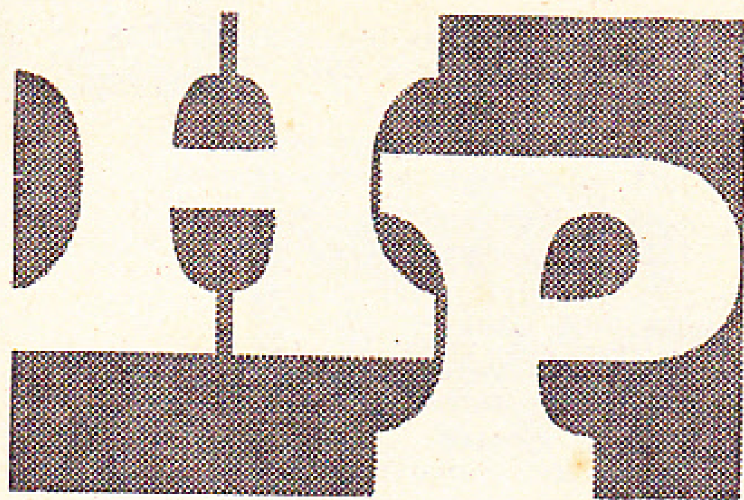
Keith Luger

UN ATAUD PARA DESCANSAR



HP PRADERA 312

Keith Luger UN ATAUD PARA DESCANSAR





Héroes de la PRADERA

KEITH LUGER

UN ATAUD PARA DESCANSAR

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 312
Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Bill *el Melenas*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.323 — Primer premio: una fosa.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza. .

En Colección KANSAS:

667 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

710 — ¿Tiene usted fuego, mademoiselle?

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

867 — Falso *sheriff*.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

310 — El tesoro de Johnny Ringo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 39.135 - 1975
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: diciembre, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1975

CAPITULO PRIMERO

Cliff Williams se encontraba en compañía de una *girl,* en el *saloon* Alegría, Mucha Alegría de Clipper Rock.

Cliff Williams era moreno, simpático, de ojos negros y, cuando sonreía, se le formaban hoyuelos en las mejillas.

La *girl* se llamaba Lola y era hija de madre mexicana y padre ahorcado. Poseía cabello negro y un cuerpo con una gran orografía.

—Lola, te voy a echar de menos —dijo Cliff.

—No te vayas, ladrón.

—Eh, Lola, no digas eso en voz alta, o van a creer que lo soy en realidad.

—Me has robado el corazón.

—Cariño, no uses para hablarme la letra de la canción que cantas por las noches.

Lola besó los labios de Williams.

—Cliff, te voy a echar mucho de menos.

De pronto rugió una voz muy cerca de ellos:

—¡Cliff Williams no se va a ir de aquí, Lola!

Cliff dio un respingo en la mesa y volvió la cabeza.

El hombre que acababa de decir aquello era el ranchero Joseph Roberts. No estaba solo. Le acompañaban cuatro hombres y los cuatro, dos por cada lado, tenían cara feroz. Sin embargo, Joseph Roberts había traído más compañía ya que, al fondo del *saloon,* cerca del mostrador, descubrió otros cuatro tipos. Cliff los conocía. También eran *cow-boys* de Roberts.

—Hola, señor Roberts, ¿Por qué dice eso?

—Es la mar de sencillo. Porque no vas a ir a ninguna parte,

—Eh, señor Roberts, hablé con su capataz y me despedí. ¿No se lo dijo?

—Sí, claro que me lo dijo.

—He estado dos meses trabajando en su rancho, pero ya me cansé.

—Qué pena —dijo el ranchero con un poco de sarcasmo.

—La vida es así, señor Roberts. Las personas se conocen y se tienen que separar. Pero, la verdad, yo no podía imaginar que usted se lo tomase así. Después de todo, no pierde gran cosa. Admito que soy un tipo estupendo para domar caballos salvajes, para arrear reses, para componer empalizadas caídas. En fin, que yo puedo hacer el trabajo de cinco hombres y, si usted me pagase como a cinco hombres, todavía lo pensaría, pero es que me paga como a uno. ¿O es que cambió de opinión?

—Eres un tipo gracioso, Cliff.

—Gracias. También confieso que sé contar chistes.

—Entre tus habilidades no mencionaste la más importante.

—Bueno, tengo tantas, que es lógico que olvide alguna de ellas.

—Enamorar a la hija del patrón.

Cliff se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo ha dicho, señor Roberts?

—Me escuchaste perfectamente.

—¿Al decir eso se refiere a su hija Vennie?

—Sólo tengo una hija, y es Vennie.

—Eh, un momento, señor Roberts. Yo no he enamorado a su hija.

—Claro, ahora te enteras de que yo tengo una hija.

—No, señor Roberts. Yo no he dicho eso.

—Pues si necesitas conocerla, aquí tienes una foto de ella.

El ranchero abrió el reloj panzudo que tenía en el chaleco, mostrando en el interior de la tapa una fotografía de su hija Vennie. Era una muchacha horrible, porque además de ser bizca tenía una gran verruga en lo alto de la nariz,

Cliff sintió escalofríos al ver de nuevo a Vennie. A él le gustaba la belleza, y Vennie no tenía nada que agradecer a la madre naturaleza, todo lo contrario, debería pasarle una larga factura por los daños.

—Señor Roberts, todos tenemos una desgracia en la familia —dijo atropelladamente, por decir algo.

El señor Roberts empezó a ponerse rojo. Cerró el reloj con un golpe seco, metálico, y lo devolvió al bolsillo.

—¿Sólo se te ocurre decir eso, querido yerno?

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué?

—Yer-no.

—Oh, no. Usted no me puede pedir tal cosa.

—Le diste a Vennie palabra de casamiento.

—¡Protesto! Eso es imposible.

—Muchacho, tienes un gran porvenir aquí. Yo no viviré eternamente. Desde luego, estoy fuerte como un toro y no esperes que me muera antes de veinte años, pero cuando ese día llegue, tú serás el dueño del rancho…

—Yo paso, señor Roberts.

—¿Qué has dicho, querido yerno?

—No puedo casarme con usted…, quiero decir con su hija.

—¿Por qué no, Cliff? Todo consiste en que des el sí al reverendo Flanagan.

—Yo no le doy el sí al reverendo Flanagan, ni al obispo… ¡No quiero casarme con Vennie! ¡No es mi tipo!

—Eso debiste pensarlo antes.

—¿Antes de qué?

—De la escena del establo, yerno.

—¿Qué escena del establo?

—Cuando hiciste entrar allí a Vennie anoche.

—¿Anoche? Pero, ¿de qué está hablando? Yo sólo hice entrar en el establo a una mula.

—No deberías decir eso de mi hija.

—Me refiero a una mula de verdad. Sí, señor Roberts, a una mula con la que había trabajado en los pastos del sur, arreglando una empalizada.

—Sí, eso fue lo que me dijo Vennie, que llegaste con la mula, pero después…

—¿Qué pasó después?

—Llamaste a Vennie desde la puerta.

—Oh, no.

—Sí, eso fue lo que hiciste. Llevarte a Vennie allí. Esa pobre niña te hizo caso —Joseph Roberts sacó otra vez el reloj, abrió la tapa y miró a su hija—. Vennie, te lo prometí. Este hombre cumplirá, porque es un caballero.

—No soy un caballero —gritó Cliff—. Se lo prometo. En mi casa éramos doce de familia y más pobres que las ratas… A veces sólo teníamos un huevo para comer. Mi padre, que era un hombre muy práctico, lo sorteaba en dos veces. La clara y la yema.

—¡Silencio!

Cliff interrumpió su discurso y el ranchero Roberts sonrió enseñando los dientes.

—Debes ser más comprensivo, Cliff.

—¿Y qué es para usted ser más comprensivo? No sé por qué lo pregunto —gimió Cliff—. Usted quiere que me case con su hija.

—Así deben ser las cosas. Vennie es buena, sencilla y mujer de su casa.

—Pero, ¿qué me dice de su cara? ¡Póngale al menos un parche!

—Una palabra más y ordeno a mis hombres que te den un escarmiento.

—¿Qué clase de escarmiento?

—¿Para qué lo quieres saber?

—Por si me conviene.

El ranchero lanzó una carcajada e hizo chascar los dedos.

Un tipo con cara de bestia, que respondía al nombre de Phil Hanlon, dio unos pasos.

—Phil —dijo Roberts—, explícale a Cliff lo que vais a hacer con él si no se viene con, nosotros al rancho.

—Le daremos unas pasadas y, cuando esté bien molido, lo untaremos con brea y ló emplumaremos,

Cliff se quedó con la boca abierta, escuchando a Phil.

—Eh, Phil, tú no harás eso conmigo. Soy tu compañero.

—Sí, pero eso que le hiciste a la chica, sólo lo hacen los canallas.

—¡Pero si no le hice nada!

Roberts intervino:

—Hiciste una pregunta, ya te fue contestada, querido yerno. Ahora debes decidir sobre tu futuro.

Cliff sintió un cosquilleo en la planta de los pies. Tal como estaban las cosas, no tenía remedio. Había quedado citado allí con su amigo Ed Mitchell, que trabajaba en otro rancho, a unas cincuenta millas. El día anterior había recibido una carta de Mitchell, la cual decía: «Tengo grandes noticias para los dos. Despídete de tu patrón y espérame el día 14 a las cinco de la tarde en el *saloon* Alegría, Mucha Alegría.

Cliff echó una mirada a la puerta. Su amigo se había retrasado y era posible que tardase en llegar, porque eran ya las cinco y media.

Se puso en pie y miró a la *girl.*

—Reza por mí, Lola.

—Sí, hijo. No te olvidaré en ningún momento.

—Gracias, Lolita —contestó Cliff con sonrisa de moribundo.

A continuación, apuró el contenido de su vaso y, como un hombre al que llevan al patíbulo, se acercó al ranchero.

—Señor Roberts, ¿no lo podríamos arreglar con un poco de dinero? Tengo cinco dólares. Si me deja marchar, se los doy.

Joseph Roberts rió con estridencia.

—Ese fue el mejor chiste de todos, querido yerno.

—Le quiero pedir un favor.

—¿De qué se trata?

—Déjeme el reloj.

—¿Para qué?

—Estaré mirando a su hija hasta llegar al rancho. Quiero acostumbrarme a su cara.

El ranchero se palmeó los muslos en un ataque de hilaridad y luego atrapó a Cliff por el cuello de la camisa.

—Cliff, quiero que seas un yerno obediente.

—Sí, señor.

—Nada de ingeniosidades con Vennie cuando llegues a su lado. Quiero que seas dulce con ella, que la trates bien, que correspondas a los sentimientos que ella siente hacia ti. Es justo, puesto que te aprovechaste de ella.

—Eh, Roberts, su hija no es nada ingenua. Y aquí está esta encerrona para probarlo,

—A callar o te empluman como a un pato.

—Como usted quiera, señor Roberts. Pero bien sabe el cielo que yo no toqué a su hija.

Joseph Roberts dio un empujón a Cliff hacia la calle.

—Andando, Cliff. El reverendo Flanagan debe estar ya en el rancho.

En aquel momento se abrieron las hojas de vaivén y entró el amigo de Cliff, Ed Mitchell, un rubio de facciones enérgicas, ojos vivaces, quien exclamó:

—Eh, Cliff, te traigo una sorpresa que te va a tirar de espaldas.

—Demasiado tarde, Ed. La sorpresa ya me la dieron.

CAPITULO II

Ed Mitchell avanzó hacia su amigo sin prestar atención a los *cowboys* de Roberts.

—Eh, Cliff, ¿te acuerdas de aquel tío mío que te mencioné? Ya sabes, el que tenía una empresa de pompas fúnebres en Union City.

—Claro que me acuerdo. A propósito de eso. Escríbele y dile que me mande un ataúd.

—¿Para qué necesitas un ataúd?

—Quiero morirme.

Ed creyó que su amigo hacía un chiste y sonrió.

—Entonces, no va a nacer falta que lo pidas, Cliff. Tú mismo podrás elegir tu caja. Aquí donde me ves, soy el dueño del negocio.

—¿Tú, dueño de una funeraria?

—Mi tío Francis murió y yo soy su heredero. Por eso dije que te despidieses de tu empleo y que me esperases en este *saloon.* Al fin llegó la buena racha para nosotros...

—¿Tú crees, Ed?

—Estoy convencido de que es el negocio que necesitamos. Seremos socios, Cliff.

El ranchero Roberts, que había estado callado durante todo aquel rato, intervino con una sonrisa:

—Señor Mitchell, tengo que darle una mala noticia.

—No me lo diga. También quiere un ataúd, pero le aseguro que no es nada malo. Y por haber sido el patrón de Cliff, le haremos un diez por ciento de descuento.

—¡No quiero un ataúd!

—Mi tío también era especialista en mausoleos. De modo que también se lo haremos. ¿Quiere que le mandemos uno? Pida por esa boca. Estamos dispuestos a satisfacer todas las demandas. La Dulce Muerte no hará quedar mal a ningún cliente.

—¿La Dulce Muerte?

—Es el nombre de nuestro negocio.

—¿Al decir nuestro, quiere decir que también será su amigo el

dueño?

—Mi amigo será mi socio. Ya lo dije.

—No podrá ser su socio.

—¿Por qué no?

—Porque ya se comprometió para otro negocio.

Ed miró a Cliff.

—Eh, Cliff, no está bien que hagas eso. Al llegar a esta comarca, estábamos los dos en la mala y tuvimos que emplearnos cada uno en un rancho. Pero te lo dije. Algún día llegaríamos a la cumbre y ahora estamos en el buen camino.

—Yo le voy a dar una buena noticia, señor Mitchell —dijo el ranchero Roberts—, Su amigo Cliff ha decidido casarse.

—¿Contra quién? Oh, perdón, quise decir con qué mujer.

—También es bromista, ¿eh?

—Oiga, señor Roberts, no quiero ofenderlo, pero Cliff y yo juramos mantenernos solteros hasta los treinta años, y todavía nos faltan unos cuantos para cumplirlos.

—Su amigo ya los cumplió.

—¿Algún nuevo invento para encanecer a un hombre?

Cliff intervino:

—Muchacho, se trata de la hija del señor Roberts.

—Demonios. Picaste alto… En fin, yo sé soportar un golpe. Te deseo mucha felicidad y muchos hijos… Señor Roberts, la enhorabuena. Se lleva usted un gran yerno.

—Eso creo yo.

Cliff gritó, haciendo un gallo en la voz:

—¡Eh, yo no he faltado a mi promesa! No me comprometí con la hija del señor Roberts. Me armaron una trampa.

Mitchell arrugó el ceño.

—¿Estás seguro de eso, Cliff?

—¡Claro que lo estoy!

Roberts carraspeó fuertemente.

—Me has hecho perder demasiado tiempo, yerno. Vamos.

—Espere un momento, señor Roberts —dijo Mitchell—. Quisiera que me aclarase un poco las ideas.

—No hay aclaración.

—¿Por qué no?

—Porque a mí no me da la gana.

—Eso está feo. Después de todo, se trata del futuro de Cliff, y sólo me quiero asegurar de que va a ser un hombre dichoso.

—¡No voy a ser dichoso! ¡Ed! ¡Te lo juro...! Con per miso —chilló Cliff y sacó el reloj del ranchero y le abrid la tapa—. Echa un vistazo a mi novia, Ed.

Ed vio a la novia bizca y con verruga y cerró los ojos con fuerza. Los volvió a abrir y también él se quedó bizco. Tuvo que pasarse la mano por los ojos para volver a la normalidad.

—Apártame eso, Cliff. Me marea.

Cliff cerró el reloj y lo volvió a dejar en el chaleco del ranchero.

—Gracias, señor Roberts.

El ranchero se estaba poniendo lívido.

—Señor Mitchell, tenemos prisa. Le deseo que venda muchos ataúdes.

—Y usted que se muera.

—¿Eh?

—Señor Roberts, tendrá que buscarse otro primo.

—¿Qué es lo que dice?

—Ahora estoy seguro de que Cliff tenía razón y que fue atrapado en una trampa.

—Conque sí, ¿eh? ¿Cómo lo sabe?

—Porque conozco los gustos de Cliff y jamás se atrevería a hacerle el amor a su hija.

—Cliff estaba borracho anoche. Vennie me lo dijo.

—No cuela, señor Roberts.

—¿Cómo?

—Le aseguro que Cliff podría estar como una cuba, pero aun así, sabría distinguir entre una chica de fina estampa y otra que no la tiene.

—Señor Mitchell, me está cansando.

—Pues siéntese en una silla y relájese todo lo que quiera, porque nosotros nos vamos.

—¿Quiénes?

—Cliff y yo. Nos largamos a tomar posesión de nuestro negocio.

—No, Mitchell, usted, no se llevará a Cliff, a menos que también prefiera que mis hombres lo unten con brea.

—¿Amenazó con eso a Cliff para que le diese su consentimiento?

—El no me dejó otra oportunidad. Y usted va a ser tan

inteligente como Cliff, porque no querrá que mis *cow-boys* le den el tratamiento.

—Se equivoca, señor Roberts. Ya estoy deseando que sus hombres demuestren conmigo su habilidad.

—¿Habla en serio?

—Completamente —dijo Mitchell y así diciendo soltó un puñetazo al tipo que tenía más cerca y que resultó ser Phil Hanlon, el de la cara de bestia.

Hanlon derribó a dos hombres en su carrera.

El ranchero gritó:

—¡Muchachos! ¡A ellos!

Cinco hombres se abalanzaron sobre Cliff y Ed.

Cliff trepó a una mesa y desde allí se lanzó sobre tres de los hombres que se acercaban.

Los cuatro cayeron por tierra.

Ed puso los brazos en jarras, desafiando a los dos individuos que se dirigían hacia él. Estos sonrieron al ver que tenía un blanco muy fácil y tiraron el puño contra la cabeza de su rival, pero éste se agachó en el último momento y el resultado fue que los dos fulanos se golpearon recíprocamente.

Por su parte, Cliff cogió dos cabezas y las hizo entrechocar. Luego echó a correr hacia el mostrador.

Dos hombres corrieron detrás de él.

En el último instante, Cliff se dejó caer en el suelo, pero los dos fulanos no frenaron a tiempo y se estrellaron contra el mostrador.

Ed Mitchell atrapó una botella de whisky y la arrojó hacia el sujeto que corría hacia él. Instintivamente, éste tomó la botella entre las manos, sujetándola contra su pecho, y Mitchell le soltó un tremendo derechazo en el maxilar inferior. La víctima se convirtió en un borrón hasta que se estrelló contra dos de sus compañeros que se levantaban del suelo. Los tres se vinieron abajo como en un juego de bolos.

En un momento, el campo había quedado libre. Sólo el ranchero Roberts quedaba en pie.

Cliff le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Busque otro yerno, querido suegro.

Luego, él y Ed Mitchell salieron sonrientes del *saloon.* Roberts se dejó caer en una silla y, abriendo la tapa de su reloj, dijo mirando a

su hija:

—Esta vez se nos escapó, Vennie. Pero tendrás un marido. Palabra de padre.

CAPITULO III

Ed Mitchell y Cliff Williams había llegado a una colina, desde donde se divisaba el pueblo de Union City.

—Ahí lo tienes, Cliff —dijo Ed.

—Por fin llegamos a nuestro hogar.

—Y que lo digas, muchacho.

—Demonios —dijo Cliff dando un suspiro—, ya tenía ganas de llevar una vida tranquila.

—Lo mismo me pasa a mí. Hemos corrido muchas aventuras juntos, pero te lo dije muchas veces, Cliff. Algún día daríamos con un sitio en donde se respirase paz y tranquilidad.

En aquel momento se oyeron estampidos procedentes del pueblo.

Los dos amigos se quedaron boquiabiertos.

—Eh, *¿qué* es eso? —dijo Cliff.

—Bueno, deben estar celebrando alguna fiesta.

—Cohetes, ¿eh?

—Seguro.

Pusieron un poco más de atención y escucharon un alarido de muerte.

Ed sonrió de mala gana a Cliff.

—A alguien le estalló el cohete en la mano.

—Sí, y también es posible que el cohete tuviese una bala dentro. Cuanto más escucho, más me parecen disparos de arma de fuego.

—A mí también —dijo Ed—. Vamos allá.

Dejaron ir sus monturas por la ladera y, poco después, llegaron a la entrada de la calle Mayor de Union City, en donde se estaba celebrando el festejo.

Los dos amigos se quedaron ahora más asombrados que nunca, porque ya no tuvieron ninguna duda acerca de lo que estaba pasando.

Unos hombres se enfrentaban a otros hombres y lo hacían a balazo limpio. Daban la impresión de integrar dos bandos. Los rivales se escondían en los rincones, detrás de los barriles, en las

esquinas.

Uno de los hombres cruzó la calle disparando hacia una ventana, pero en su camino fue alcanzado por dos balas de rifle que un tipo le mandó desde uno de los techos.

El fulano se desplomó, levantando una gran polvareda.

Este fue vengado en seguida, porque un sujeto que estaba escondido en un barril, se dejó ver y disparó contra el del rifle, el cual se derrumbó lanzando un aullido.

También fue vengado éste, porque el tipo del barril recibió una bala en la cabeza. Se metió en el barril y ya no volvió a salir.

—Conque paz y tranquilidad, ¿eh, Mitchell? —galleó Cliff;

—Bien mirado, esto no está nada mal. Contéstame. ¿Qué clase de negocio tenemos?

Cliff agrandó los ojos.

—Caramba, somos funerarios.

—Y todos esos muertos necesitarán un ataúd.

—¿Cuántos muertos hay, Ed?

—Yo cuento siete. ¿Y tú?

—Hay uno que no has visto, porque yo cuento ocho.

—Ocho cajas. Eso nos dará un buen porcentaje de beneficios.

El tiroteo había cesado y quizá la razón se debiese a que ya no quedaba ningún tipo vivo.

Sin embargo, los dos amigos se equivocaban. Vieron aparecer un carro por un callejón y en el pescante viajaba un hombre de unos setenta años, de cabello blanco y mejillas chupadas. El vehículo transportaba ya dos cadáveres.

El viejo tiró de las bridas y detuvo el carruaje. Luego saltó del pescante, atrapó a uno de los cadáveres, lo llevó al carro y lo dejó caer junto a los otros dos. Después cogió otro de los muertos e hizo lo mismo.

—Eh, Mitchell, tenemos competidores —dijo Cliff.

—Vamos a hablar con él.

—Eso. No puede quitarnos el pan de la boca.

Se aproximaron al vehículo en donde el abuelo estaba cargando otro cadáver.

—Buenos días —dijeron a una los dos amigos.

El viejo no contestó. Dejó el muerto en la plataforma del vehículo y, apoyándose en el trasero del difunto volvió la cabeza.

—¿Creen ustedes que pueden ser buenos?
—Hombre, pueden serlos para usted, si es el sepulturero.
—No soy el sepulturero.
—*¿Marshal?*
—No, tampoco el *marshal*.
—Entonces, tendrá que dejar los muertos en su sitio.
—Es lo que estoy haciendo.
—Me refiero a dejarlos en la calle. Mi amigo y yo nos ocuparemos de ellos.
—Lo siento, pero yo llegué antes.
—Eh, abuelo, ¿para qué quiere los muertos?
—Soy el de las pompas fúnebres.
Cliff y Ed se miraron y el primero dio un suspiro:
—Abuelo —dijo Cliff—. Tendrá que dejarnos la mitad.
—¿La mitad de qué?
—De los cadáveres. También tenemos nuestros derechos.
—Oigan, no sé quiénes son ustedes. Pero estos muertos van derechos a la empresa de pompas fúnebres La Dulce Muerte, y será mejor que no se interpongan o también tendrán su caja de pino.
—Conque los lleva a La Dulce Muerte.
—Eso fue lo que dije.
—¿Hay otra empresa de pompas fúnebres en el pueblo?
—No. La Dulce Muerte es la única.
—¿La que perteneció a Francis Mitchell?
—Sí, así se llamaba mi patrón. Ya murió.
—¿Y cuál es su nombre, abuelo?
—Charlie Worden.
—Charlie, tengo que darle una estupenda noticia. Yo soy el heredero de Francis Mitchell.
—¿Usted? ¿Y por qué usted?
—Porque soy Ed Mitchell.
El abuelo parpadeó.
—¿Eso es en serio?
—No tengo otro nombre que el de Ed Mitchell. Ed para los amigos. Y éste es Cliff Williams. Vamos a trabajar juntos en la funeraria, y ahora no me arrepiento de haberlo traído, porque aquí hay muchos muertos.
El abuelo movió la cabeza en sentido negativo.

—No tiene usted un buen negocio, señor Mitchell.

—¿Por qué dice eso? Hoy ha habido muchos muertos.

—Sí, pero es un día extraordinario. Lo normal es que mueran dos o tres.

—¿Cada día?

—Sí, cada día.

—Caramba, siempre pensé que lo mejor para hacer dinero era una mina de oro, pero ya veo que mi tío Francis lo entendió bien. Se vino al pueblo que está más necesitado de ataúdes.

—Señor Mitchell, le voy a decepcionar.

—No me diga que los muertos no tienen dinero.

—Sí, la mayoría de ellos tiene dinero para pagar su propio entierro, pero es que ocurre una cosa. Que usted tiene dos socios en el negocio.

—¿Dos socios? No sabía que el tío Francis se hubiese asociado. ¿Es usted uno de ellos, Charles?

—No, Ed. Yo sólo soy un empleado, el que fabrica los ataúdes y el que recoge los cadáveres.

—Entonces, ¿quiénes son los socios?

—Los jefes de los dos bandos que están en lucha.

—¿Dos bandos?

—Sí, señor Mitchell. Union City está en manos de dos forajidos y cada uno tiene una plantilla de asesinos de la peor clase. Uno se llama Tom Ballard y domina el norte de la ciudad. El otro se llama Peter Wyler y domina el sur. Hay una línea fronteriza que pasa muy cerca de nuestra funeraria.

—Oiga, eso es muy interesante.

—Lo será para usted, pero no para el pueblo.

—¿Qué hacen Tom Ballard y Peter Wyler para vivir?

—¿No se lo imagina? Cada uno chantajea a los ciudadanos que tiene en su zona. Los del norte pagan a Tom Ballard y los del sur a Peter Wyler.

—¿Desde cuándo dura esa situación?

—Desde hace un año.

—¿Y a quién pagamos nosotros?

—A los dos, naturalmente. A Tom Ballard y a Peter Wyler.

—¿Cuánto se paga a cada uno de ellos?

—Un veinticinco por ciento.

—Eso significa que la mitad de lo que el negocio ingresa, es para ellos.

—Exactamente, Ed.

—No me gusta.

—Tendrá que gustarle, hijo.

—¿Qué pasa con el *marshal?*

—Cassius Coock no puede hacer nada.

—¿Por qué no puede hacer nada?

En aquel momento se oyó un grito comanche.

Cliff y Ed miraron hacia la comisaría y vieron a un hombre de aspecto muy parecido al de Charlie. Tenía una botella en la mano, y tambaleándose, se cogió a una de las columnas del porche. Dirigió una mirada a su alrededor y al ver los cadáveres, preguntó:

—¿Cuántos fueron hoy, Charlie?

—Ocho.

—¿Cuántos de cada bando?

—Cinco a tres, a favor de Tom Ballard.

—Buen resultado.

—Ha sido la revancha de Ballard. Recuerda que ayer ganó Peter Wyler por dos a uno.

—Ya decía yo que Ballard no se conformaría con la derrota. Yo aposté dos dólares y gané.

—Yo, en cambio, perdí cuatro dólares. Pensé que Wyler no se dejaría mojar la oreja.

—Mala suerte para ti, Charlie.

—Enhorabuena, *marshal.*

Ed y Cliff escuchaban perplejos aquel diálogo. Al fin intervino Cliff.

—¿Cuándo se dará el próximo tanteo, *marshal?*

—Mañana, naturalmente, y las apuestas van a subir mucho en favor de Ballard. Traerá a dos pistoleros de gran estilo. Bing Mac Kenna y Morgan Wells.

El abuelo dio un respingo.

—¿Habla en serio, *marshal?*

—Vi yo mismo el telegrama que Ballard mandó para que viniesen.

—Demonios, mañana se va a celebrar un gran encuentro.

—El mejor de la temporada, Charlie.

—Cinco dólares contra dos a favor de Ballard, *marshal.* ¿Hace?

—¿Crees que soy tonto? Yo te hago la misma apuesta.

—Entonces, tendrá que buscarse otro primo.

—Lo mismo te digo yo a ti —contestó el representante de la ley y empinó la botella.

Mitchell se estaba rascando la patilla.

—*Marshal,* ¿puedo hablar?

—¿Quiénes son ustedes?

Fue Charlie quien habló.

—El es Ed Mitchell, el sobrino de Francis, y el otro es su socio, Cliff Williams.

—Bien venidos a Union City —contestó el *marshal.*

—¿Cree de veras que somos bienvenidos? —sonrió Mitchell.

—Oiga, Ed, este pueblo tiene fama de acoger bien a los visitantes.

—Hasta que los llevan al cementerio, ¿verdad, *marshal?*

—Todos tenemos que morir...

—Sí, *marshal,* pero creo que aquí se dan demasiada prisa.

—Yo no puedo hacer nada por evitarlo.

—Usted es el *marshal.*

—Sí, pero, ¿qué quiere que haga yo contra pistoleros como Tom Ballard y Peter Wyler? Se metieron aquí por la fuerza y aquí continúan.

—Sí, y también continúa usted como *marshal.*

—Traté de renunciar, pero no me lo permitieron.

—¿Quiénes no se lo permitieron? ¿Los ciudadanos?

—No. Tom Ballard y Peter Wyler.

—De modo que los ciudadanos desaprobaron su conducta.

—Tampoco acierta, Mitchell. Los ciudadanos están conformes con pagar a Tom Ballard y a Peter Wyler. Saben que si no lo hacen, se irán derechos al cementerio. O peor aún, les harán daño a sus familiares. Además, usted no debe quejarse. Después de todo es el nuevo dueño de la funeraria y para usted también habrá ganancias.

—Según me dijo Charlie, debo repartir una mitad de los ingresos entre Ballard y Wyler.

—Es la cuota que le han establecido. Al fin y al cabo, ellos se consideran sus principales proveedores. No deja de tener gracia, ¿verdad?

Ed exhaló el aire de sus pulmones y dijo:

—Anda, Cliff, ayudemos a cargar al abuelo los muertos y vayamos de una vez a conocer nuestro nuevo hogar.

CAPITULO IV

Estaban en La Dulce Muerte, el negocio que Ed había heredado de su difunto tío Francis.

Habían trabajado mucho, colocando cada muerto en su ataúd. Allí estaban los ocho alineados junto a la pared.

—¿Verdad que quedan monos? —dijo Charlie, señalando los muertos.

Cliff vio las cajas y chasqueó la lengua.

—Creo que les falta un toque.

—¿A qué se refiere?

—A las flores.

—Eso encarecería mucho el entierro. No es cuenta nuestra. Si Ballard o Wyler quisieran, los entierros podrían ser más bonitos, pero ellos prefieren ahorrarse unos dólares.

En aquel momento entraron en el local dos hombres, uno muy alto, el otro rechoncho. Los dos se detuvieron y el alto dijo:

—Mira, Jim. Ahí tienes los fiambres.

—Demonios, Eneas está muy bien. Como si hablase.

—Y Lorigan tampoco está mal. Tiene una sonrisa en los labios.

—Te lo dije. Siempre fue un tipo chistoso. Seguro que cuando le metieron la bala se acordó de una de sus historias y es lo que le hizo morir riendo.

—Es posible —asintió el alto y desvió la mirada de las cajas hacia Ed y sus compañeros—. Mi nombre es Jack Hunter y represento a Ballard. ¿Quién de ustedes es Mitchell?

—Yo.

—He hablado con el *marshal* y me informó que es usted el heredero de Francis.

—Sí, yo soy.

—Ya sabe el acuerdo que teníamos con él.

—Me alegro de que haya venido, Jack.

—Yo me alegro de que usted se alegre, Mitchell, porque tiene que pagar una gran cantidad. Hoy tuvo un lleno de funeraria.

—No me puedo quejar.

—Y mañana también habrá fiambres.

—Jack, siento mucho amargar su alegría, pero no tengo más remedio que hacerlo.

—¿A qué se refiere?

—No voy a pagar a su patrón.

Jack se metió un dedo en la oreja derecha y la sacudió allí. Luego miró al rechoncho.

—Eh, Jim, ¿has oído algo de que el muchacho no va a pagar?

—Sí, Jack. Eso es lo que oí. El tipo debe estar mal de la cabeza.

Jack soltó una risotada.

—Mitchell, justamente vine a decirle que se ha operado un cambio.

—¿A qué se refiere?

—A que mi patrón ya no se conforma con el veinticinco por ciento. Quiere el cincuenta.

—¿La mitad?

—Sí, eso es. La mitad para Ballard, puesto que a partir de ahora va a ser su más importante proveedor de materia prima.

El rechoncho rió:

—Eh, Jack, eres un tipo muy delicado al llamar así a los cadáveres.

—Tenemos en las cajas a tres compañeros y es lo menos que puedo hacer por ellos. Respetarlos.

—Sí, Jack. Tienes razón.

Jack señaló a Mitchell.

—Su broma fue buena.

—No fue una broma.

—Pague la mitad, Mitchell, o se le acaba el negocio antes de empezarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que digo. Que a usted lo vamos a meter también en una caja.

Ed Mitchell señaló a Cliff.

—Mi amigo y yo hemos estado hablando del asunto y no estamos conformes.

Cliff dio un salto, porque él no había hablado nada con Mitchell acerca de lo que estaba pasando allí.

—Eh, muchacho —le dijo Cliff—. Después de todo, pagar un

cincuenta por ciento no es nada del otro mundo. Recuerda que existen los impuestos.

—Yo no estoy conforme con este impuesto, Cliff. El representante de Ballard nos pide el cincuenta por ciento y luego vendrá al representante de Wyler pidiendo lo mismo. ¿Qué es lo que te da?

—El cien por cien.

—Eso es. Todos los ingresos. Si eso se llegase a producir, trabajaríamos con pérdidas, ya que nosotros tendríamos que poner la madera de la caja. ¿Qué clase de negocio sería éste?

—Ya sabía yo que a nosotros no nos podía salir bien ningún negocio —gimoteó Cliff.

—No digas eso, Cliff. Todo va a ir muy bien. Jack es muy comprensivo. Estoy seguro de que trasladará a su patrón nuestros buenos deseos de vivir en paz con él. Nuestro negocio La Dulce Muerte, está dispuesto a prestar sus servicios a todos los ciudadanos, incluyendo al propio Ballard.

Jim, el rechoncho, arrugó la nariz.

—Eh, Jack, ¿está hablando de que el jefe va a morir?

—Sí, eso ha querido decir, pero nosotros sabemos que el único que va a morir aquí es Mitchell.

De repente, se oyeron pasos y otros dos hombres entraron en el local.

Jack dirigió una mirada a los recién llegados.

—¿Qué haces tú por aquí, Mac Pherson?

Mac Pherson era un tipo con cara picada de viruela, y venía acompañado por un sujeto con la nariz torcida.

—Hola, Jack. Veo que te adelantaste. Peter Wyler acertó.

—Peter Wyler debe estar echando espumarajos por la boca. Hoy le ganamos.

—Pura suerte.

—No, Mac Pherson, no fue pura suerte. Ballard está dispuesto a que no le pisoteen sus derechos.

—¿Quién le pisotea sus derechos?

—Peter Wyler, tu patrón.

—Ballard es un canalla, Jack.

—Cuidado, Mac Pherson, o aquí se va a armar.

—Ballard y Peter quedaron de acuerdo en que cada uno tendría su zona, y que sólo habría dos negocios en que cobrarían

conjuntamente, el restaurante y la funeraria.

—Ballard cumple.

—No, Jack, a Peter Wyler no se la pega Ballard, Hemos sabido que tu jefe va a traer a dos buenos pistoleros, a Bing Mac Kenna y a Morgan Wells.

—¿Quién os lo dijo?

—Un pajarito.

—A ese pajarito le voy a retorcer el pescuezo.

—Tendrás que buscarlo primero.

—Es el *marshal.* Confiesa que te dio el soplo el *marshal,* Mac Pherson.

—No confesaré nada, pero os vais a llevar la gran sorpresa.

—¿De veras? ¿Qué pasa con tu jefe? ¿Quizá va a traer a Wyatt Earp o a Buffalo Bill?

Jim soltó una risotada, celebrando las palabras de su compañero.

Mac Pherson, el hombre con la cara picada de viruela, hizo una mueca.

—Ya veremos quién ríe el último.

—Ballard.

—No quiero discutir contigo. Vine en plan de negocios.

—¿Y con quién vas a hablar de negocios?

—¿Con quién va a ser? Con el nuevo funerario.

—Pues ahí lo tienes, pero creo que ya viniste tarde. Establecimos un acuerdo con Ed Mitchell. Nos pagará el cincuenta por ciento de los entierros. Con eso quiero decir, que quedáis fuera,

Mac Pherson se echó a reír.

—Peter tuvo la misma idea.

—¿De veras?

—El funerario le pagará a Peter el cincuenta por ciento.

Ed Mitchell dio un suspiro.

—¿Lo oíste, Cliff? Ya llegamos a eso, a trabajar con pérdidas. La mitad para Ballard y la mitad para Wyler.

—Estupendo —repuso Cliff y se frotó las manos—. Ya no tenemos nada que hacer aquí, porque traspasamos el negocio. Buena suerte, amigos, y que tengan muchos muertos.

Cliff fue a echar a andar, pero Ed lo cogió de un brazo.

—Espera, Cliff.

—¿A qué tenemos que esperar, si ya no tenemos funeraria?

—Hablaste de un traspaso, ¿no es verdad?

—Sí, eso dije.

—En todo traspaso es necesario que el que regenta el negocio reciba un dinero.

—Nosotros traspasamos gratuitamente.

—No estoy conforme con eso.

Jack intervino:

—¿Cuánto quiere, Mitchell?

—Diez mil dólares.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Diez mil dólares por una funeraria?

—Eso dije. ¿Quién de los dos está dispuesto a pagarlos? Ande, anímese, Mac Pherson.

—No pagaré ni un centavo.

—Entonces lo subastaremos. ¿Quién da un dólar?

—¡Yo doy un dólar! —gritó el viejo Charlie, que llevaba un buen rato callado.

—¡Dan un dólar! ¡Dan un dólar...! ¿Quién da dos?

—Yo doy dos —dijo Cliff.

—Dos dólares, dos dólares...

—¡Tres dólares! —gritó Jack instintivamente.

—¡Seis! —dijo Mac Pherson.

—¡Veinte! —exclamó Jack.

—¡Cincuenta! —le corrigió Mac Pherson.

En unos segundos se había iniciado la subasta y los hombres que estaban allí, como buenos competidores, se sentían excitados.

—¡Sesenta! —dijo Cliff Williams.

—¡Cien! —repuso Charlie.

—¡Doscientos! —gritó Jack.

—¡Cuatrocientos! —dijo Mac Pherson.

—¡Dos mil! —habló Charlie.

Aquella súbita postura del abuelo dejó a todos sin habla.

Ed cogió un martillo de los que servían para hacer los ataúdes y golpeó sobre uno de éstos.

—¡Dos mil a la una, dos mil a las dos y dos mil a las tres! Adjudicado el negocio de pompas fúnebres a Charlie Worden. Señores, ha terminado la subasta.

Estrechó las manos de Jack y Mac Pherson y empezó a llevarlos hacia la puerta. Sus sicarios los acompañaron.

Jim se rascó el cogote mientras decía:

—Eh, Jack, aquí ha pasado algo que todavía no comprendo.

Jack soltó un rugido y se volvió.

—Mitchell, ¿por qué clase de estúpidos nos toma?

—Por lo que son.

—¡Esto fue una trampa!

—Jack, no debe decir eso. Ha sido una subasta legal. Charlie se ha quedado con el negocio.

—¡Pues, que pague los dos mil dólares!

—Eso es cuenta mía.

Jack se acercó al abuelo, al que apuntó con el dedo índice.

—¿Tiene los dos mil dólares, viejo?

—No.

—¿Y cómo los va a pagar?

—A plazos.

—¿Qué plazos?

—Un dólar al mes.

Ed estrechó la mano de Charlie.

—Trato hecho, abuelo.

Mac Pherson soltó una risa escalofriante.

—Tengo un revólver en la mano que les apunta a todos.

Sin embargo, no era sólo Mac Pherson quien manejaba el «Colt», ya que le secundaba su compinche Al Nayon.

Jack gritó:

—¡Mac Pherson, guarda el revólver!

—Lo voy a guardar cuando haya hecho aquí una escabechina.

—Eso sería romper el pacto. Ballard y Wyler acordaron que sus hombres se enfrentarían en la calle.

—¡Al infierno con el pacto! Esta es la oportunidad para acabar de una vez contigo, Jack, pero también voy a acabar con los nuevos funerarios. Soy yo quien celebra la subasta y adjudiqué el negocio a mi jefe Peter Wyler, Buen viaje, Jack. ¡Plomo con ellos, Al!

CAPITULO V

El abuelo dio un tremendo salto, yendo a caer en un ataúd que estaba abierto, y formó hilera con los muertos que había recogido en la calle.

Cliff también saltó y fue a parar detrás de unas cajas y desde allí se puso a hacer fuego.

Ed Mitchell se limitó a ponerse en cuclillas y ya estaba mandando plomo.

El negocio de pompas fúnebres se convirtió en un volcán. La estancia se llenó de humo y, a través de él, se pudo oír la voz quejumbrosa del viejo Charlie:

—Eh, muchachos, dejen alguno para contarlo y que ése sea yo.

Ya no se oyó ningún disparo y la nube se disipó poco a poco.

Ed dirigió una mirada a su alrededor. Los dos hombres al servicio de Tom Ballard y los otros dos al servicio de Peter Wyler estaban muertos.

—Eh, Cliff, ¿estás ahí? —preguntó.

Cliff Williams apareció por detrás del ataúd.

—Yo me cargué a Mac Pherson, ¿y tú?

—A los otros tres.

—Estupendo, muchacho. Ahora ya nos podemos marchar.

—¿Quién habló de marcharse cuando hemos despejado el campo?

—No sabes lo que dices, Ed. ¿Quiénes han despejado el campo? Son ellos, los muertos, quienes nos han dejado el camino libre para que nos llenen de plomo.

—No seas pesimista, hombre.

—¿Qué crees que van a decir Ballard y Wyler cuando se enteren que hemos despachado a su equipo de recaudadores?

—Tengo una respuesta para eso.

—Procura que sea buena.

—Mac Pherson y Al, mataron a Jack y Jim.

—¿Y quiénes mataron a Mac Pherson y a Al?

—Jack y Jim.
—Así que se mataron unos a otros.
—Sí, Cliff, está la mar de claro.
Williams forzó una sonrisa.
—Caramba, no está nada mal.
En aquel momento se oyeron chillidos de mujer.
—¿Quién hay ahí?
Los dos amigos miraron hacia la puerta y vieron entrar a una joven que era la viva imagen de toda la furia desatada, y los dos a una coincidieron en que era la mujer más hermosa que habían conocido desde que vieron a Mary *la Yegua* en Kansas City, una *girl* especializada en números cantables.
La joven dio un grito y los dos amigos saltaron.
—¡Asesinos!
—No es lo que usted piensa, señorita —dijo Ed.
—Conque no, ¿eh? ¿Cree que no tengo ojos en la cara?
—Sí, los tiene, y si me permite decirlo, los tiene muy bonitos.
—¡No se lo permito!
—Pues lo retiro.
Ella puso los brazos en jarras.
—¿A quién quiere tomar el pelo?
—A nadie, señorita.
La joven dio unos pasos hacia el interior del establecimiento y dio otro grito. Señaló la caja en donde se encontraba el abuelo Charlie.
—¡Lo han matado! ¡Han matado al pobre viejo…! ¡Y dicen que no son unos asesinos! ¡Yo les diré lo que son, señor como se llame…! ¡Ustedes son los peores asesinos que han pisado este pueblo y les aseguro que los ha habido capaces de los peores salvajismos!
—Verá, yo le contaré…
—¡No me tiene que contar nada, señor como se llame!
—Para que no siga llamándome así, le diré que soy Ed Mitchell.
—Y yo Cliff Williams —se presentó el socio de Ed, con una sonrisa.
—No te metas en esto, Cliff.
—Ella es una mujer y yo soy un hombre, ¿por qué no he de meterme?
—Yo la vi primero.

—La vimos al mismo tiempo.

—Está bien —dijo Ed y sacó una moneda—. ¿Cara o cruz?

La joven chilló:

—¿Qué es lo que están haciendo? Si es lo que yo me imagino, son ustedes peor de lo que había imaginado.

—¿Y qué es lo que se imagina? —inquirió Ed.

—¡Que me quieren jugar con una moneda!

—Caramba, ¿cómo lo acertó?

—Pobre Charlie —exclamó la joven y se dirigió hacia el ataúd, en donde descansaba el viejo.

Charlie seguía quieto, dadas las circunstancias que concurrían en aquel caso.

La joven se arrodilló ante la caja en donde se encontraba el abuelo.

—Charlie, perdóname que anoche no te diese tarta de manzana. Estoy arrepentida y daría cualquier cosa por poder dártela. Ahora te la ofrecería entera.

—Te cojo la palabra, Nora.

—Sí, Charlie, como tú quieras —dijo Nora, y de pronto se quedó inmóvil, mirando al viejo y gritó—: ¡Ha hablado!

Charlie empezó a levantarse, y la joven se dejó caer hacia atrás y huyó a gatas, hasta que tropezó en su camino con las piernas de Ed Mitchell.

—Tranquilícese, Nora —dijo Ed, y la cogió por los brazos—, Charlie no está muerto. Nunca lo estuvo.

Nora se puso en pie poco a poco y su miedo se fue trocando en ira.

—¡Charlie! —exclamó.

—Espero que ahora no te vuelvas atrás, Nora.

—¡Me has engañado!

—No te he engañado. Tú empezaste a hablar, y yo no pude hacerlo, porque las cuerdas de la garganta se me habían quedado como de cuero. Tú no sabes lo que pasó aquí.

—¡Ya sé lo que pasó aquí! ¡Estos dos pistoleros acabaron con sus rivales!

—No son pistoleros, Nora. ¿Recuerdas a Francis? Nos habló una vez de su sobrino Ed Mitchell y también se refirió a que Ed tenía un amigo llamado Cliff Williams. Pues son ellos.

Ed tenía muy cerca a Nora, porque la seguía sujetando por los brazos y, por tanto, sintió el calor suave que emanaba del hermoso cuerpo femenino.

—Nora, no hace falta que se disculpe.

—¿Disculparme yo? ¿Y por qué había de disculparme?

—Se confundió con nosotros.

—¡Porque manejan muy bien el revólver!

—Tal vez como están las cosas hoy día, uno tiene que saber manejar el revólver, si quiere seguir respirando…

—No quiero que vuelvan a hacerlo.

—Haremos todo lo posible por evitarlo.

—Señor Mitchell, soy la dueña del restaurante de al lado.

—No sabía que al lado hubiese un restaurante.

—Se llama La Buena Cocina y es el mejor de Union City. Recibe la mejor clientela, ¿y sabe qué pasó hace un momento? Que al oír los disparos se espantaron. No me han dejado ni uno…

—Díganos a qué hora sirve las comidas y procuraremos no disparar en esos momentos.

—¿Sólo se le ocurre eso?

—¿No le parece una buena idea?

—No, señor Mitchell, no me parece una buena idea.

—¿Qué tiene de malo?

—No me gusta oír disparos a ninguna hora.

—Bueno, su deseo es muy justo, pero me temo que la solución no está en las manos de Cliff ni en las mías…

—Oh, sí, ya sé. La culpa es de Tom Ballard, y de Peter Wyler…

—Ahora dio en el clavo. ¿Ya les informó a ellos de su queja?

—Claro que les informé.

—Y no le hicieron caso.

—Peor que eso. Ellos dos y muchos de sus hombres son clientes de mi restaurante. ¿Es que no le explicó Charlie lo que pasa en mi negocio?

—No hubo tiempo para eso. Hace un rato que llegamos y los minutos se nos pasaron muy rápidos por el jaleo.

—Mi restaurante está dividido en dos partes, señor Mitchell. En una de ellas está Ballard y sus hombres, y en la otra, Wyler y sus hombres.

—¿Quiere decir que hay una pared entre ellos?

—No, no hay una pared. Es una separación imaginaria. Mi casa es la que ellos eligieron para trazar su frontera, ya sabe, el norte y el sur.

—Muy interesante.

—¿Usted cree…? Yo no puedo soportar a ninguno. Y tampoco los voy a soportar a ustedes, señor Mitchell… ¡No quiero disparos! Procure metérselo en la cabeza… ¡Y ahora, adiós!

La joven se dirigió resueltamente a la puerta.

—Eh, Nora, ¿qué hay de mi tarta de manzana? —dijo Charlie.

—¡Ni hablar de eso!

—Prometiste que me la darías. ¡Y entera!

—Yo se la estaba prometiendo a un muerto —contestó Nora, levantada la barbilla, y con mucha dignidad salió definitivamente del negocio.

El abuelo se puso a patalear mientras gritaba:

—¿Qué les parece? Así son las mujeres.

—Cierto —asintió Cliff—. Prometen y prometen, pero luego es difícil que cumplan.

—Tú no tienes motivo para quejarte, Cliff —repuso Ed Mitchell.

—No me puedo quejar del trato que me dan las mujeres. Me prometen mucho.

—Y si alguna no te promete nada, te lo tomas tú. Pero dejemos ese tema… Anda, Charlie, háblanos más de la chica. ¿Quién cuida de ella?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Sí, y lo peor es que la chica es un bombón.

—Eso no hace falta que lo digas, abuelo. Cliff y yo nos informamos de eso en cuanto la vimos.

—Pero no sabéis lo mejor. Que Tom Ballard y Peter Wyler están por ella.

—¿Y por quién se inclina Nora?

—Por ninguno.

—Vaya, es un consuelo.

—Esa es la razón por la que Ballard y Wyler dividieron el restaurante. Es en el único sitio en que los dos coinciden y no hay peleas ni tiros. Los miembros de cada banda no hablan entre sí y Nora tiene que dividirse entre ellos. Esa chica sabe lo que se hace.

—Pero llegará un momento en que el peso de la balanza se inclinará por un lado o por otro.

—Es posible, pero todavía no ha ocurrido.

—Cliff —dijo Ed—, iremos a probar la cocina de Nora.

—Te iba a hacer la misma proposición —sonrió Williams.

El abuelo parpadeó repetidamente y dijo:

—Muchachos, si yo estuviera en vuestro lugar, no iría a ese restaurante ni aunque me ofreciesen comida gratis.

—Nosotros queremos pagar —repuso Ed—. Y, por tanto, tenemos derecho a elegir el lugar para comer.

—Esto cada vez me gusta menos. Ballard, Wyler, vosotros... ¡Madre mía, ya veo otra masacre!

—Tranquilo, abuelo. Nosotros somos honrados comerciantes, empresarios de pompas fúnebres... Queremos vivir de nuestro trabajo.

—Pero lo malo es que Ballard y Wyler no os van a dejar que sigáis por ese camino honrado.

—Nosotros nos preocuparemos de convencerlos.

—¿Convencerles de qué?

—Para que nos dejen en paz.

—¿Sin pagarles nada?

—Ni un centavo.

Charlie sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la frente.

—No he oído mayor barbaridad en todos los días de mi vida. ¿Creéis que Ballard y Wyler van a renunciar a unos ingresos tan saneados?

—Quizá sea la mejor forma de que acaben sus peleas, y hasta puede ocurrir que el día menos pensado decidan largarse a otro sitio.

—Eso no ocurrirá nunca. Este es el pueblo más rico de la comarca, y en ningún sitio encontrarán bolsas mejores que aquí. No, muchachos, estáis equivocados. Hasta ahora, Ballard y Wyler se repartieron el pueblo en zonas, el norte y el sur, pero estoy seguro de que lo hicieron por Nora. Como tú has dicho, algún día se desequilibrará el peso de la balanza, y entonces uno de ellos,

Ballard o Wyler, se quedará solo. Ese día será el más trágico de la historia de Union City.

Cliff se frotó las manos.

—Si eso llega a ocurrir, nos pondremos las botas. ¿Imaginas el montón de muertos que habrá aquí, Ed?

—No seas macabro, Cliff. Esas cosas no se dicen, sobre todo cuando vamos a comer.

CAPITULO VI

Nora Clelling salió de la cocina.

Ya habían ocupado una mesa de su restaurante tras la desbandada. El que estaba allí era Tom Ballard.

Como siempre, Ballard no se encontraba solo, sino en compañía de hombres de su confianza.

Ballard frisaba los cuarenta y cinco años de edad y era alto, fuerte, con cabeza de toro, grandes entradas, ojos azules y boca pequeña, de labios que se curvaban hacia abajo.

—Hola, Nora.

—Buenos días, señor Ballard.

—Estás más preciosa que nunca, muchacha. ¿Con qué te lavas?

—Con agua.

—Debe tener algo especial para conservar ese cutis nacarado.

—Eso se lo dirá usted a todas, señor Ballard.

—Sólo te lo digo a ti, porque las demás no tienen el cutis nacarado.

—¿Qué va a comer, señor Ballard?

—A ti.

—Perdone, señor Ballard, pero aún no me metí en el homo.

—Da lo mismo, cruda.

—No sea animal, señor Ballard, o le echo de aquí a escobazos.

Ballard y sus hombres rieron las palabras de la joven.

—¿No te enteraste, muchacha?

—Me enteré de la matanza.

—Yo fui el vencedor.

—Si cree que le voy a felicitar, se equivoca. Ya le dije mi opinión acerca de esos duelos entre sus hombres y los de Wyler.

—Pronto no habrá duelos y entonces, tú y yo podremos ser felices.

—Sea feliz con su tía, señor Ballard.

—No tengo tía.

—Pues búsquese una *girl.*

—Ya la tuve y muchas, pero todas me resultaron decepcionantes comparadas contigo.

—Señor Ballard, me extraña que diga eso, porque yo no canto ni bailo.

—A ti se te puede perdonar eso.

—¿Comen o les traigo un vaso de agua?

—Comeremos.

—Hay habichuelas con tocino, huevos con tocino...

—¿Cuál es el tercer plato?

—Tocino.

—Está bien. Que sean habichuelas con tocino para mí. Tienes una forma especial de guisarlas. ¿Alguien se apunta, muchachos?

Los tres hombres que le acompañaban, asintieron con la cabeza.

—Ya sabes, Nora, aunque te sigo prefiriendo como única comida del día.

La joven se marchó hacia la cocina, mientras Ballard y sus hombres reían la última ocurrencia de su jefe.

El restaurante tenía dos puertas y la segunda estaba al fondo, muy lejos de la mesa de Ballard. Por ésta entraron otros cuatro hombres.

Uno de ellos era Peter Wyler. Tenía una edad muy aproximada a la de Ballard, pero era un poco más bajo, de cabello rubio, ojos verdosos y mentón hendido.

Wyler y sus chicos entraron en el restaurante y se quedaron quietos, mirando a Ballard y a sus acompañantes. Estos les observaron a su vez.

El aire pareció cargarse como antes de una gran tormenta.

Pero en ese momento entraron otros clientes que no tenían nada que ver con Ballard y con Wyler.

Eso rompió la extraña atmósfera que se había formado entre los dos bandos de pistoleros que contendían en Union City.

Peter Wyler y sus tres muchachos tomaron posesión de una mesa, en la zona que ellos tenían reservada, el sur.

Una empleada de Nora salió llevando los platos para Ballard y sus hombres.

Nora salió otra vez de la cocina, encaminándose hacia el lugar en donde se encontraban Peter Wyler y sus chicos.

—Hola, nena. Cada día estás más tentadora.

—Ya me lo dijeron.

—¿Quién? —preguntó Wyler con voz ronca, al tiempo que miraba a Ballard.

—Oh, nadie —contestó Nora.

—Creí que ese gusano de Ballard se había propasado contigo.

—No, de ninguna forma. No se ha propasado nadie.

—Lo celebro, nena. Pero si alguien lo intenta, se lo dices a tu amigo Peter Wyler, y ya verás lo que hace con él.

—Es usted muy amable.

—Contigo me gusta serlo. Un día de éstos te voy a hacer una invitación especial.

—¿En qué consistirá, señor Wyler?

—Te llevaré conmigo a mi hotel.

—Oh, no.

—Tengo todo el hotel para mí y mis muchachos. Tendrías que ver mi habitación, es una *suite* a todo lujo... Hice traer un par de sofás... Son blandos... Deberías probarlos.

—No me gustan los sofás.

—Tengo también sillones en los que caben dos personas. Tú y yo. Uno de ellos fue utilizado por Napoleón y Cleopatra.

—¿Napoleón y Cleopatra? Perdone, pero no vivieron en la misma época.

—Bueno, ¿qué más da?

—Como usted quiera, señor Wyler...

—Yo soy el Napoleón del Oeste. ¿Lo sabías?

—Perdone, pero Napoleón no se parecía en nada a usted, señor Wyler.

—¿Por qué no?

—El era más bajo.

—¿Qué importa la talla?

—El era moreno y usted es rubio.

—Bueno, si te gusta el moreno, me teñiré el pelo. ¿Estaría bien yo de moreno, muchachos?

Sus hombres se apresuraron a contestar afirmativamente.

—¿Lo ves, Nora? Estaría bien.

—Señor Wyler, ya le he dicho un par de veces que usted no es mi tipo.

—¿Y quién es tu tipo? ¿Ballard? Dímelo y ahora mismo se arma

aquí una ensalada.

—Señor Wyler, las ensaladas las hago yo en la cocina. ¿Quiere una? Tengo pepino, tomate y cebolla... Le puedo hacer una al estilo mexicano, y se chupará los dedos.

—Yo sólo me chuparía los dedos si te incluyeses tú en la ensalada.

—Disculpe, pero todavía no estoy madura.

—Es lo que tú crees, nena. Estás en tu punto. Te lo digo yo, que sé de estas cosas.

—Señor Wyler, me gustaría que no personalizase cada vez que vengo a preguntarle qué es lo que quiere comer. Ya le advertí a Ballard que lo sacaría de aquí a escobazos.

—Conque, sí, ¿eh? Te insultó.

—No, no me insultó. Se limitó a decirme las cosas que me está diciendo usted.

—Ese tipo es un copión. ¿No os lo dije, muchachos?

—Lo siento, señor Wyler, pero he de atender a otros clientes.

—Muy bien. ¿Qué comió Ballard?

—Habichuelas con tocino.

—Conque ese puerco comió eso, ¿eh? No, no quiero comer lo misino que él.

—Debo recordarle que su plato favorito son las habichuelas con tocino. ¿Por qué no ha de pedirlas, cuando se trata de su gusto?

—¡En este caso, no haría mi gusto! No quiero habichuelas con tocino.

—Pues le traeré huevos con tocino.

—Muy bien. Huevos, pero sin tocino.

Uno de sus hombres levantó el brazo.

—Eh, jefe, yo quiero tocino.

Wyler le pegó un revés en la boca.

—No hay tocino para nadie, Slim. Yo soy el que decide qué es lo que tiene que comer cada uno de mis hombres.

—Como usted quiera, jefe.

—Ya lo has oído, nena. Huevos para todos.

—¿Puedo agregar unas patatas fritas?

—Así me gusta, nena. Acertaste. Huevos con patatas fritas.

El que había recibido el golpe antes, levantó la mano, con la evidente intención de decir que a él no le gustaban las patatas fritas,

pero al ver a Wyler, bajó instintivamente el brazo.

Nora se fue de nuevo a la cocina.

Tres segundos después, entraron en el restaurante Ed Mitchell y Cliff Williams.

CAPITULO VII

Nora salió una vez más al comedor y empezó a empalidecer al ver a Ed Mitchell y a Cliff Williams.

Corrió hacia ellos antes de que se pudiesen sentar.

Los dos amigos le sonrieron y Mitchell dijo:

—¿Sabe una cosa, Nora?

—No me diga que me encuentra linda.

—No, no le voy a decir eso.

—Que estoy cada días más tentadora.

—Tampoco.

—Menos mal, ya me lo dijeron.

—Yo le voy a decir que es usted la muchacha más linda de la región.

—¿Sólo de la región?

—¿Qué le parece la más preciosa desde el océano Atlántico al océano Pacífico?

—Eso está mucho mejor—la joven agrandó los ojos—. ¡No vine a oír sus requiebros!

—Pues, es una lástima, porque tenía preparados unos cuantos.

—Señor Mitchell, ¿se ha dado cuenta de adónde se ha metido?

—Creo que sí. ¿Dónde estamos, Cliff?

—En el restaurante de la chica de los grandes y hermosos ojos —repuso Williams, que tampoco quiso perder la oportunidad para requebrar a Nora.

Ella dio una patadita en el suelo.

—Ellos están aquí.

—¿Ellos?

—Los monstruos.

Ed dirigió una mirada a su alrededor.

—Eh, Nora, yo sólo veo aquí a hombres con una cabeza, dos brazos y dos piernas. Aunque alguno de ellos es muy feo, no es justo llamarlos monstruos.

—¡Son Tom Ballard y Peter Wyler!

—Vaya, qué suerte.

—¿Lo considera una suerte? ¡Los harán pedazos! ¡Recuerden lo que ustedes hicieron con sus hombres! ¡Y ellos ya están enterados!

Cliff Williams dio un respingo.

—Ed, creo que Nora tiene razón. Seguir aquí es peligroso. Nos están mirando.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? Tom Ballard y sus muchachos. Peter Wyler y sus chicos.

—Bueno, que miren todo lo que quieran. Es su derecho. De todas formas, se me ocurre una idea, teniendo en cuenta eso del norte y del sur.

—¿A qué se refiere, señor Mitchell? —preguntó Nora.

—Cliff y yo nos colocaremos en la misma línea fronteriza.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Quiero decir que la mesa estará colocada en la mitad del salón, Cliff se quedará en el norte y yo en el sur.

—Estupendo —dijo Cliff—. Estaremos en la tierra de nadie. ¿No es eso lo que quieres decir?

—Has expresado perfectamente mi pensamiento.

—Manos a la obra.

—Anda, ocúpate tú de poner la mesa en el centra

Cliff se frotó las manos, mientras se dirigía a poner la mesa en el lugar adecuado.

La joven se sopló un bucle que le caía por la frente.

—Mi idea es mucho mejor que la suya, señor Mitchell.

—¿Cuál es?

—Que se marchen a otro lugar a comer.

—Lo siento, Nora, pero no podemos hacer eso.

—¿Por qué no? Cada uno de ustedes tiene piernas, y, si las mueven, llegarán a la calle.

—Qué ingrata es usted, Nora. Yo he venido aquí porque quiero conocer sus primores en la cocina.

—¿Le importa mucho eso?

—Más de lo que usted cree. Siempre pensé que si alguna vez me casaba, lo haría con una mujer bella, atractiva, y que fuese una gran cocinera. Usted posee las primeras condiciones, las que se refieren al físico, pero tiene que aprobar los cursos de cocina.

—Señor Mitchell, yo no tengo la menor intención de casarme.

—Dicen que es el estado perfecto.

—No para mí.

—¿Qué tiene contra el matrimonio, Nora?

—Yo no tengo nada contra el matrimonio, sino contra el hombre que pretende mi mano. Usted habló de las condiciones que debe reunir su futura esposa. Yo también he pensado en las condiciones que debe poseer el hombre que se case conmigo.

—¿Y qué condiciones son ésas?

—Ha de ser alto.

—Yo mido uno ochenta y tres. Sin botas.

—Ha de ser guapo.

—No puede tener una idea de los estragos que ocasiono entre las mujeres.

—*Las girls.*

—Siguen siendo mujeres, ¿no le parece?

—Dejemos eso. Ha de ser varonil.

Ed rodeó a Nora por la cintura.

—Eh, ¿qué hace, señor Mitchell?

—Quiero demostrarle lo varonil que soy.

—¡No se lo permitiré! Suélteme antes de que le levanten la tapa de los sesos.

—¿Quién?

—Dos hombres por falta de uno. Tom Ballard y Peter Wyler están a punto de sacar el revólver.

—En tal caso, esperaremos otro momento para hacerle una demostración de lo varonil que yo soy —dijo Ed, y la soltó.

La joven apareció un poco confusa y Mitchell se fue hacia la mesa de la tierra de nadie.

Nora fue detrás.

—¿Qué van a comer?

—Tenemos apetito, de modo que comeremos cualquier cosa que usted nos traiga —contestó Ed—. Seguro que será bueno.

—Está bien. Me marcho a la cocina, pero no comprometan a nadie.

—Cliff y yo somos un par de ángeles. Descuide. No habrá jaleos.

La joven forzó una sonrisa y se marchó.

Ed y Cliff estuvieron solos por poco tiempo. Tom Ballard y uno de sus hombres, que respondía al nombre de Wayne Parson, se

acercaron a la mesa por su parte, la zona norte.

—Tengo que hablar con usted, Mitchell —dijo Ballard.

Los dos amigos lo observaron atentamente.

—Diga, Ballard.

—Mataron a los hombres que les envié.

—No debió confiar en ellos, Ballard. Demostraron ser muy malos. Se enfrentaron con otros dos hombres de Peter Wyler y los cuatro se balearon de mala manera. Mi amigo y yo permanecimos quietos. Sólo tuvimos que recoger los cadáveres y meterlos en las cajas. Y eso me hace recordar que nos debe un poco de dinero.

Ballard hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué es lo que ha dicho, Mitchell?

—Somos empresarios de pompas fúnebres, como usted sabe, señor Ballard, y cobramos por nuestro trabajo.

—Eso fue divertido.

—No lo crea, señor Ballard. La profesión de funerario no tiene nada de gracia. Casi nadie quiere cumplir con esa misión de caridad, dar reposo a los muertos. Nosotros, los que nos ocupamos de ese trabajo, somos personas muy sacrificadas.

—Me estoy preguntando si es usted idiota o estúpido, Mitchell.

—Ni una cosa ni otra.

—¿Retrasado mental?

—No, Ballard. No lo soy.

—Corríjame si me equivoco. ¿No le dijeron mis hombres la clase de pacto que yo tenía establecido con su tío?

—Sí, me lo dijeron.

—Me pagaba un veinticinco por ciento.

—Eso fue lo que me informaron, pero yo no le voy a pagar nada.

Los ojos de Ballard se convirtieron en grietas fosforescentes.

—¿Habla en serio?

—Absolutamente.

—Ya sé lo que son ustedes.

—¿De veras?

—Un par de locos, pero la locura les va a durar muy poco tiempo, porque nosotros nos vamos a ocupar de hacerles un lavado de sesos.

—Muy agradecido.

—Con plomo.

—Eh, hombre, no se ponga así.

—Ya terminé de hablar y voy a dejar lugar a las pistolas.

—Eh, un momento —intervino Cliff—. Ahí viene su rival, Peter Wyler.

Efectivamente, Peter Wyler se acercaba a la mesa y Ballard no tuvo más remedio que hacer una pausa.

Peter Wyler traía una sonrisa de jactancia en los labios. Le acompañaba su lugarteniente, que respondía al nombre de Coe Farrell. Se quedaron en la zona que les correspondía, en el sur.

Sin embargo, Ballard y Wyler se podrían tocar con sólo alargar los brazos.

—Mitchell —dijo Wyler—, usted y su compañero liquidaron a mis hombres.

—No, no los liquidamos. Fueron los muchachos de Ballard. Cliff Williams y yo no intervinimos para nada.

—Conque fue eso, ¿eh?

Ballard y Wyler sé observaron atentamente, conteniendo la ira.

De pronto, Wyler pegó un puñetazo en la mesa.

—Tiene que pagarme, Mitchell.

—Le contestaré lo mismo que a su amigo Ballard.

—Ballard no es mi amigo. Pero dígame cuál fue esa respuesta.

—Cliff y yo no pagaremos a nadie. Ni a Ballard ni a usted.

—Entiendo. Es una trampa. Se ha puesto de acuerdo con Ballard.

Ballard rugió:

—Yo pienso lo mismo, Mitchell. Usted y Wyler se han puesto de acuerdo para no pagarme mi tanto por ciento.

—Es posible.

—¿Qué? —dijeron a una los dos .forajidos.

—Es posible que me haya puesto de acuerdo con Ballard, y también lo es que me haya puesto de acuerdo con Wyler. Suponiendo que así sea, no habría hecho otra cosa que aceptar las condiciones que ustedes me impusieron. ¿No creen que el asunto lo deben resolver ustedes? No nos metan a Cliff y a mí.

De nuevo se miraron Ballard y Wyler. Sus ojos despedían llamaradas de fuego.

—Wyler —dijo Ballard, con voz ronca.

—Ballard —repuso Wyler, con voz de bajo.

Tras pronunciar sus nombres, guardaron silencio.

—Wyler —dijo otra vez Ballard—, ya colmaste mi paciencia.

—Ballard, lo mismo digo —repuso Wyler.

—Esto se acabó.

—Esto se terminó.

Los dos hombres hicieron una nueva pausa.

Ed y Cliff habían enmudecido mirando a los dos forajidos que se enfrentaban.

—Wyler —prosiguió Ballard—, ya no te voy a soportar más. Te daré un plazo.

—¿Un plazo para qué?

—Para que te largues.

—¿Yo largarme de Unión City?

—Eso he dicho. Si mañana al amanecer continúas en el pueblo, acabaré contigo y con todos tus hombres.

—Parece que lo has pensado muy bien.

—Sí, Wyler, lo pensé detenidamente.

—Entonces te voy a dar la sorpresa, Ballard. Yo también he pensado lo mismo.

—Si es lo mismo, quiere decir que te vas a largar.

—No, Ballard. Me refiero a que yo también he pensado darte a ti un ultimátum. Si mañana al amanecer continúas en el pueblo, acabaré contigo y con todos los hombres.

Ballard se echó a reír.

—Trato hecho, Wyler. Nos veremos las caras.

—Estoy de acuerdo.

Ballard y Wyler, con sus acompañantes respectivos, se retiraron poco a poco de la mesa, sin darse la espalda, observándose.

Cuando llegaron al lugar en donde los esperaban sus otros hombres, hicieron una señal con la cabeza.

Cada bando empezó a retirarse, vigilando al rival. Por fin salieron del establecimiento, cada pandilla por una puerta distinta.

CAPITULO VIII

Cliff exhaló el aire de sus pulmones.

—Eh, ¿de dónde sacas esa sangre fría?

—Tenía que hacerlo.

—Eran demasiados para nosotros.

—Jugaba con ventaja.

—¿Cuál era la ventaja?

—¿No lo viste? Ballard y Wyler estaban aquí. En cuanto se acercase uno a nosotros, el otro no tardaría en hacerlo, porque estaría interesado en lo que estábamos hablando. Y así ha sido.

—Wyler pudo retrasarse medio minuto y se habría armado gresca.

—Pero no se retrasó, y eso es lo que cuenta.

—¿Qué va a pasar ahora, Ed?

—Ya lo oíste. Se van a matar entre ellos.

—El bando vencedor acabará con nosotros. Tú lo provocaste.

—Yo lo provoqué para que acabasen entre ellos. ¿No lo oíste? Fuimos la causa del ultimátum. Metí en la cabeza de cada uno de ellos la sospecha de que me había puesto de acuerdo con el rival.

La joven salió de la cocina y se quedó perpleja al ver vacías las mesas en donde se sentaban Ballard y Wyler.

Se dirigió hacia los dos jóvenes:

—Eh, ¿qué ha pasado?

—Acabé con ellos —contestó Ed.

—Eh, señor Mitchell, no me gaste bromas. No oí ningún estampido.

—Se fueron a tomar el aire. Los estampidos vendrán mañana. Ballard ha decidido acabar con Wyler, y Wyler ha decidido acabar con Ballard. La solución mañana al amanecer.

—Dios mío, ¿quiere decir que usted consiguió que peleasen entre sí?

—Así es, Nora.

—¿Qué es usted, señor Mitchell? ¿Un hombre o un demonio?

—Alguna pelirroja me consideró como un demonio.

—No quiero saber por qué.

—Es una pena. Le resultaría la mar de interesante.

—Renuncio, señor Mitchell. Mi curiosidad no me lleva tan lejos. ¿Por qué no hablamos seriamente?

—Yo estoy hablando muy en serio.

—Creo que ustedes terminarán por utilizar los propios ataúdes que fabrican.

Cliff chilló:

—¿Es eso lo que nos vaticina? ¿Un ataúd para descansar?

—Sólo tengo en cuenta la forma en que se comportan con Ballard y Wyler.

—Pues no se preocupe por nosotros —sonrió Ed—. Sabremos cuidarnos.

La joven volvió a la cocina, y Ed y Cliff atacaron las habichuelas con tocino.

—Caramba, la chica cocina bien —dijo Cliff.

—La mujer perfecta.

Apareció el *marshal,* y tras un tambaleo, se acercó a los jóvenes.

—¿Puedo sentarme, muchachos?

—Es usted muy dueño —le contestó Ed.

El de la estrella se quitó el sombrero y los miró con aire preocupado.

—¿Qué es lo que se proponen, muchachos? Hablé con uno de los hombres de Ballard y me lo ha contado todo. Ustedes están jugando con dos barajas.

—Yo diría que con tres —le corrigió Ed.

—Eh, Mitchell, ¿cómo se juega con tres barajas?

—Algún día le explicaré el secreto. Si es que vive para entonces.

—¡Nadie me va a matar!

—No me refería a un ser humano, sino al alcohol, abuelo. ¿Por qué le tiene tanto amor a la ginebra?

—¿Por qué va a ser? Porque no quiero ver las cosas que no me gustan.

—Hay otro procedimiento que le vendría mejor.

—¿A qué se refiere?

—Póngase una venda en los ojos y tampoco verá lo que pasa a su alrededor.

—Pero entonces me pegaría un tortazo.

—El tortazo es menos peligroso que los estragos que produce la ginebra.

—Eh, Mitchell, le salió una frase redonda.

—Se la regalo para que la ponga en la pared de su oficina.

El *marshal* se echó a reír.

—Oiga, ustedes son un par de tipos que me resultan simpáticos. Sentiría mucho que se metiesen en un lío del que no pudiesen salir.

—*Marshal,* hace un momento le dije a Nora que sabemos cuidarnos. Se lo repito a usted.

El de la estrella se levantó.

—¿Sabes lo que voy a hacer ahora, muchacho?

Mitchell le contestó:

—Se irá a beber un trago a nuestra salud.

—Eh, Mitchell, dio en el clavo —rió el *marshal,* y echó a correr saliendo del local.

—Un tipo gracioso —contestó Cliff.

—Pero debió dedicarse a otra cosa. Por ejemplo, a criar lechugas.

—Eh, no me gusta lo que dices, Ed.

—¿Tienes algo contra las lechugas?

—Tengo algo contra ti.

—¿Y qué es, Cliff?

—Te estoy viendo en plan de redentor; y eso significa que te interesaste demasiado por la suerte de este pueblo.

—¿Y tú no?

—Chico, no me gusta que nadie explote a nadie. Pero al fin y al cabo, nosotros no somos de Unión City.

—Pero ya estamos aquí. Somos un par de ciudadanos de esta comunidad. Es aquí donde radica nuestro negocio. ¿Tienes algo en contra?

—Claro que tengo algo en contra. Nosotros no éramos ciudadanos de esta comunidad cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Y va sabes a lo que me refiero. A la llegada de esos forajidos. Los ciudadanos sintieron el miedo en el cuerpo y empezaron a pagar lo que les impusieron, y el *marshal* se dedicó a la ginebra.. ¿Por qué infiernos quieres tú acabar con todo eso cuando estamos los dos solos?

—Te precipitas, Cliff. Es Ballard quien quiere acabar con Wyler y

éste quiere acabar con Ballard.

Cliff gimió:

—No me tomes el pelo como si yo fuese el *marshal* o uno de esos tontos.

—Claro que no —él le palmeó en el hombro—. ¿Cómo podía hacer yo tal cosa? Anda, come. Las habichuelas están muy buenas.

Cliff no dejó de refunfuñar entre cucharada y cucharada.

Después de las habichuelas, Nora les sirvió huevos fritos con tocino y, por último, tarta de manzana.

Cuando hubieron acabado con ésta, Ed dijo:

—Espera un momento, Cliff.

—¿Adónde vas?

—A felicitar a la cocinera.

Ed encontró a Nora de espaldas, preparando un plato para uno de los comensales. La atrapó por detrás, y ella se volvió súbitamente. Fue una buena oportunidad para que Mitchell hiciese lo que hizo. Besarla.

Nora le puso las manos en el pecho varonil y le soltó un empellón.

Ed se apartó de ella, aunque no llegó a perder el equilibrio.

—¿Qué es lo que ha hecho, señor Mitchell?

—Felicitarla.

—¿Y felicita siempre de esa forma?

—Es la forma más expresiva de hacerlo.

—Pero no la más correcta, señor Mitchell.

—No me decepcione, Nora.

—¿Dice que yo le decepciono?

—Sí.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque pensé que usted también deseaba que yo la besase.

La bonita joven agrandó los ojos al máximo.

—¿Cómo ha podido pensar semejante cosa, señor Mitchell?

—He llegado a la conclusión de que hemos nacido el uno para el otro. Usted reúne las condiciones que yo soñé para mi esposa, y estoy seguro de que yo reúno las condiciones Que usted soñó para el hombre que debía ser su marido. Si están así las cosas, ¿por qué no hemos de entendernos?

—¿Entendernos, señor Mitchell?

—Eh, Nora, ¿por qué repite siempre mis palabras?

—Las repito porque estoy llena de indignación. Ha ido usted demasiado lejos, señor Mitchell. Y sobre todo, muy aprisa.

—Nunca me ha gustado perder el tiempo, Nora. Usted me gusta a mí y yo le gusto a usted. ¿Debo venir a su casa durante cuatro meses y de vez en cuando decirle algún requiebro? ¿La miraré a usted con los ojos de un borrego degollado, y usted me mirará a mí…?

—¡No repita con ojos de borrego degollado!

—¿Con ojos de oveja sumisa?

—Se lo admitiré provisionalmente.

—Entonces, no me negará que nosotros, personas inteligentes, debemos hacer todo lo posible para suprimir ese estado de semiestupidez que se produce en los enamorados durante un largo período de tiempo. Yo no quiero mirarla a usted con ojos de borrego degollado, y estoy seguro de que usted tampoco querrá mirarme con ojos de oveja sumisa. Somos seres humanos, un hombre y una mujer que simpatizan y se atraen, que sienten correr la sangre tumultuosa por sus venas.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, Ed se fue acercando poco a poco a la joven.

—Nora, usted es maravillosa —prosiguió—. Ha producido en mí una sensación la mar de extraña, algo que no había sentido con anterioridad con ninguna mujer. Por ejemplo, al besarla he tenido la impresión de que viajaba en una nube, y apuesto cualquier cosa a que a usted también le ha pasado lo mismo. Por ello, yo la invito a que hagamos otro viaje por allí arriba.

Nora no dijo nada, y Ed la besó en los labios apretándola contra sí.

Nora no le puso las manos en el pecho. Tampoco le empujó.

Ed vio que Nora cerraba los ojos y la siguió besando.

Finalmente, él se retiró, pero la joven continuó con los ojos cerrados.

—Ed, quiero viajar un par de millas más en la nube.

—Sí, Nora —dijo Ed, y volvió a unir sus labios a los de ella.

CAPITULO IX

—Jefe —dijo Steve Coray, uno de los hombres de Ballard—, ¿sabe lo que estaba haciendo uno de los funerarios con Nora?

—Dilo de una vez sin tantos rodeos.

—La estaba besando.

—¡Steve, te voy a arrancar la lengua! —rugió Ballard, y pegó un puñetazo en la mesa.

—Jefe, lo vi con estos ojos que se ha de comer la tierra.

—Lo que tú no sabes es que eso va a ocurrir muy pronto. ¡Ahora mismo! —exclamó Ballard, y sacó el revólver.

—¡Jefe, que yo no tuve la culpa! Sólo hice que mirar por la ventana de la cocina y allí estaban los dos con el besuqueo... Vine corriendo a avisarle para que no se la peguen. ¿Es así cómo va a agradecer mis servicios, jefe? ¿Pegándome un tiro? Es al besucón al que debe darle su merecido.

Ballard sopesó el revólver. Su furia era tan grande que al respirar sus bronquios emitían un largo silbido.

—Había pensado ajustar las cuentas a Mitchell después, cuando hubiese acabado con Peter, pero ese funerario se ganó un boleto para el infierno.

Su lugarteniente Wayne Parson dijo:

—¿Quién le va a despachar el boleto, Tom?

—Mándale dos hombres. Será suficiente para que el muchacho se vaya al infierno.

* * *

Peter Wyler pegó un brutal puñetazo en la cara del hombre que le acababa de informar, John Barton. Este se estrelló contra una mesa que convirtió en astillas, y dio una vuelta de campana en el suelo.

Escupió sangre por la boca y exclamó:

—Jefe, ¿qué culpa tengo yo? Sólo le dije que el funerario Mitchell estaba besando a Nora Clelling en la cocina del restaurante.

—¡Ella es mi chica!

—Pues Nora Clelling lo disimula muy bien.

—¡Premio al ingenio! —dijo Wyler, y le pegó una patada en la cara.

La nariz de John estalló como si fuese de loza y echó más sangre.

—Jefe, yo no he tratado de hacer ningún chiste, sino decirle la verdad.

Wyler hizo rechinar los dientes.

—A los funerarios los había reservado para el final, porque lo más importante para mí era acabar con Ballard antes de que llegase el amanecer. Ahora han cambiado mis planes, muchachos.

Su hombre de confianza, Coe Farrell, dijo:

—¿Hago el trabajo yo?

—No, Coe, no hace falta. Bastará con un par de hombres que sepan manejar bien el revólver.

* * *

Ed salió del restaurante con su amigo Cliff.

—Ed, te noto algo raro.

—¿En qué sentido?

—Parece que viajes en una nube.

El frunció el ceño.

—¿Arrimaste la oreja a la cocina, Cliff?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Por nada. Me pareció que tus palabras las había oído en otra parte.

—Creo que te entiendo. Empezaste a engatusar a Nora.

—No la estoy engatusando.

—A mí no me la pegas. Esa chica te tocó la cuerda sensible.

—No es lo que tú crees, Cliff. Nora se merece mucho respeto.

—Claro, merece tanto respeto que tú la besaste...

—Cliff, te voy a meter la cabeza en el abrevadero.

Cliff se detuvo de repente.

—Ed, méteme la cabeza en el abrevadero —dijo con un gallo en la voz.

—¿Te sientes acalorado?

—Al rojo vivo. Hay dos pistoleros que nos están esperando, en la esquina de la funeraria... ¡Demonios, y hay otros dos en la otra

esquina! Y también nos miran.

Ed observó las dos esquinas a que Cliff se refería. En cada una de ellas vio un par de pistoleros.

Estaba claro que una de las parejas estaba allí por cuenta de Tom Ballard y la otra pareja por cuenta de Peter Wyler.

—¿Sabes lo que te digo, Cliff?

—¿El qué?

—Que nos vamos los dos al abrevadero.

—Eso, y que nos baleen en el fondo. Así no nos enteraremos.

—No me has entendido, Cliff. Quiero decir que hemos de buscar el refugio del abrevadero antes de que empiecen a manejar el revólver.

Los dos se pusieron a retroceder.

Las parejas de asesinos se dieron cuenta de la maniobra de Ed y de Cliff y también se pusieron en movimiento.

Ed y Cliff se dieron más prisa.

—¡A volar, Cliff! —dijo Ed.

Saltaron los dos al mismo tiempo, apoyando las manos en el abrevadero.

Los cuatro asesinos, como si hubiesen estado sincronizados, tiraron del revólver.

Aún iban por el aire los dos funerarios y ya estaban soltando plomos.

Las balas de sus enemigos repiquetearon en el abrevadero y el agua salió a chorros.

Dos de los fulanos, uno de cada pareja, se derrumbaron con plomo en el cuerpo soltando aullidos de muerte. Sin embargo, los otros dos se quedaron en pie, pero estaban desconcertados porque los funerarios habían desaparecido tras el abrevadero. Vacilaron en disparar porque esperaban que sus víctimas saliesen por los extremos.

Los dos se equivocaron. Ed y Cliff se dejaron ver por el centro y lo hicieron mandando balas.

Los dos asesinos que habían quedado vivos se desplomaron con serias heridas en la cabeza, se movieron un poco en el polvo y, finalmente, quedaron quietos.

Ed y Cliff soplaron sus respectivas armas y empujaron con el cañón el sombrero, dejándolo resbalar por la nuca.

—Cliff, han cambiado mucho las cosas —dijo Ed—. Ballard y Wyler dijeron que nos dejaban para el final, y ahora se quieren servir de nosotros como aperitivo.

—Eh, a mí no me gusta que me pinchen como a una aceituna.

—A mí tampoco, pero cuando se enteren de que esto fracasó, seguirán mandándonos pistoleros.

—Seguro.

—Hay que hacer algo.

—¿Qué, por ejemplo?

—Atacarlos.

—Pero seguimos siendo dos —gimió Cliff.

—Sí, pero estamos demostrando que valemos mucho más.

—¿Por cuántos valemos, Ed?

—Yo diría que por tres.

—Tres y tres son seis. Todavía seguimos siendo pocos.

—Pero si echamos mano a un truco podemos valer por muchos más de seis.

—Deberías seguir por ese camino y al final seremos treinta o cuarenta.

—No está mal.

Cliff sacudió la cabeza.

—Tú dirás lo que quieras, Ed, pero somos dos nada más y no valen las multiplicaciones.

—¿Por qué has de ser tan pesimista, Cliff?

—Porque es mi cuello el que está en juego y no tengo ninguno de repuesto.

—Anda, vamos al *saloon,*

—¿Por qué al *saloon*? Allí pueden estar Ballard y Wyler con todos sus hombres. Es el peor sitio.

—De acuerdo. Iremos a nuestro negocio.

—¡Menos todavía! Es en la empresa de pompas fúnebres adonde nos buscarán con más seguridad…

Ed se rascó el cogote.

—Bueno, ya sé adónde podemos ir.

—¿Adónde?

—A la comisaría de nuestro buen amigo el *marshal.* Seguro que allí hace fresco y habrá un botijo de agua y una botella de ginebra. Es el mejor refugio para que pensemos algo original.

Los dos socios echaron a andar en dirección a la oficina del representante de la ley en Union City.

CAPITULO X

—Eh, *marshal,* ¿dónde se ha metido? —preguntó Ed Mitchel.

No estaba a la vista.

Cliff se dirigió a la celda del fondo, cuya puerta estaba cerrada. Se echó a reír.

—Ven acá, Ed.

Su amigo fue a su lado y miró por entre las reías. El *marshal* estaba en el interior de la celda, acostado, pero no dormía.

—Eh, *marshal* —dijo Ed—. ¿No oyó los disparos fuera?

—Claro que los oí, pero no puedo meterme en esos jaleos.

—Usted es el representante de la ley.

—Yo soy eso que dice usted, pero me tienen prohibido que intervenga.

—Fueron ellos, ¿eh? Ballard y Wyler.

—¿Qué otros podían ser?

—¿Qué más le prohibieron?

—Muchas cosas, pero no vale la pena mencionarlas.

—Claro que vale la pena. A partir de ahora, usted va a hacer todo lo contrario de lo que ellos dijeron.

—¿Qué ha dicho?

—Va a mandar al diablo las prohibiciones.

El *marshal* se quedó de muestra.

—Usted está chiflado, Mitchell. Yo tengo que obedecerles, porque quiero seguir viviendo.

—Como una cucaracha.

—¿Eh?

—He dicho que quiere continuar viviendo como una cucaracha.

—No diga eso, Mitchell. Esta oficina es muy limpia. De eso me puedo enorgullecer. No consiento que haya bichitos.

—Debe ser instintivo. Usted es el bicho mayor y por eso no quiere oír a sus hermanos, a los pequeñitos.

—Señor Mitchell, usted puede decir todo lo que quiera, pero no va a conseguir que me arranque.

—Entiendo, ya no le queda ningún coraje.

—Ninguno. Se lo puedo asegurar.

—¿Por qué bebe?

—Es la única compañía que encontré.

—¿No tiene ningún amigo en Union City?

—Ninguno.

—¿Sabe lo que es usted, *marshal*?

—Ya lo dijo, una cucaracha.

—No, ahora rectifico. Usted, *marshal,* es el ser más repugnante que he visto desde las Montañas Rocosas. Cobarde, cínico y borracho… Lo reúne todo para ser despreciado por los ciudadanos que usted debería proteger.

El *marshal* se quedó otra vez sin habla. Atrapó la botella, la destapó y bebió un trago. De pronto, se levantó del camastro.

—Yo no soy Buffalo Bill.

—Buffalo Bill es una leyenda, un producto de la propaganda, un artista de circo que inventa historias para aparecer ante el público como un gran tipo.

—Muy bien; entonces yo no soy Wyatt Earp.

—Naturalmente que no lo es. Ni tampoco es Doc Holliday.

—Pues ahí lo tiene. Se necesita ser un personaje de esa categoría para enfrentarse a esa gentuza, señor Mitchell. Sé por lo que me recrimina. Yo debería hacer frente a Tom Ballard y a Peter Wyler. Pero, ¿qué habría pasado si yo hubiera hecho eso? Yo se lo diré, señor Mitchell. Me habrían hecho tantos agujeros que no hubiese necesitado un ataúd para enterrarme. Habría bastado con un pañuelo, y ni aun así me habrían tenido completo, porque algún trozo de mi humilde persona habría quedado en la calle. Sí, señor Mitchell, usted puede llamarme cobarde, usted puede llamarme cucaracha, usted me puede llamar gusano, pero si un hombre va a morir y sabe que su muerte no servirá para nada, es normal que llegue a la conclusión de que no debe morir.

—Quizá tenga razón.

Cassius Cook hizo un gesto de sorpresa.

—¿Está convencido, Mitchell?

—Sí, bastante. Hasta la vista. Vamos, Cliff.

Los dos amigos volvieron a salir de la comisaría y se quedaron en el porche. Cliff se rascó el cogote.

—Eh, Mitchell, no te entiendo. Le dijiste todo eso al *marshal* para luego admitir que estabas equivocado.

—Y estaba equivocado. Ese hombre no está obligado a dar de sí más de lo que lleva dentro.

—Pues lleva poco, porque es un pobre viejo.

—Ese pensamiento fue lo que me decidió a perdonarlo. Existía otra solución para enfrentarse con esos hombres, pero el *marshal* no estaba capacitado para echar mano a tal recurso. Sí, Cliff, cada persona enfrentada a la violencia está obligada a responder en la medida de sus posibilidades, y ya sé lo que tenemos que hacer en nuestro caso.

—¿Qué cosa?

—Vamos a ofrecer nuestros servicios a Tom Ballard.

—¿Cómo has dicho?

—Oíste bien. Ofreceremos nuestros servicios a Tom Ballard.

—Demonios, me has dejado helado. ¡Pero que me maten si no es lo más juicioso que has dicho en tu vida!

Vieron que el viejo Charlie ya estaba recogiendo los cuatro cadáveres que habían quedado en la calle.

La joven Nora Clelling salió del restaurante.

—Señor Mitchell, ¿se encuentra bien?

Cliff puso los brazos en jarras.

—Eh, Nora, pero, ¿qué pasa conmigo? ¿Es que yo no cuento?

—Perdone, también me he interesado por usted.

—Pues no se nota. Sólo tienes ojos para Ed.

Mitchell le pegó una palmada a su amigo, alejándolo.

Nora miró con ojos brillantes al joven. Ella no dijo nada, y entonces él preguntó:

—¿Pasó un mal rato, Nora?

—Mucho.

—Bueno, eso quiere decir algo,

—Eso mismo me he dicho yo. Quiere decir que usted me interesó.

—Vaya, las cosas empiezan a aclararse.

—Pensé en lo que me dijo.

—Le dije muchas cosas.

—Me refiero a lo del carnero degollado y a lo de la oveja sumisa. A eso de que usted viniese a mi restaurante y que cambiásemos

miradas.

—Hay que ahorrar tiempo, ¿verdad?

—Sobre todo, cuando a usted le pueden matar de un momento a otro.

—Celebro que haya llegado a ese acuerdo consigo misma —repuso Ed, y atrapándola por los brazos, la besó.

Cuando Nora apartó la cara, dijo:

—Eh, nunca me había pasado esto, Ed.

—¿Qué cosa?

—Enamorarme a primera vista… Y ocurrió contigo lo mismo. Fue lo que dijiste, aunque con otras palabras.

—Es cierto.

—¿Verdad que es maravilloso, Ed?

—Sí, mucho, Nora.

—Ya nos podemos ir, Ed.

—¿Adónde?

—Muy lejos.

—¿Y tu negocio?

—Que se vaya al infierno el negocio.

—Es un buen restaurante. Debes venderlo.

—Renuncio a ello.

—Es una locura. Ese restaurante es la realidad de tu vida. Ahí has hecho tu trabajo.

—No me hables de eso. Ahora se ha convertido en un refugio de forajidos. Quiero perderlos de vista cuanto antes.

Ed se echó a reír.

—¿Dónde está el chiste? —preguntó Nora.

—Creo que te entiendo, Nora. Quieres marcharte, para impedir que me maten. Por ello estás dispuesta a abandonar tu restaurante, a no cobrar ni un céntimo por su venta, porque tal como están las cosas, difícilmente alguien te lo querría comprar.

—Suponiendo que hayas acertado, sólo he hecho que buscar una solución juiciosa al problema.

—Y como mujer que eres, sólo se te ha ocurrido una: huir.

—¿Y qué otra solución hay?

—Tengo otra y la voy a poner en práctica.

—¿Cuál es, Ed?

—Acabar con Tom Ballard y con Peter Wyler.

—No sabes lo que dices. Tú y Cliff sois buenos con el revólver, lo habéis demostrado, pero nunca podréis acabar con esas pandillas de forajidos.

—Lo vamos a intentar.

—Ed, no hagas eso, olvídalo. Al fin y al cabo, acabáis de llegar a Union City.

—Sí, acabo de llegar a Union City y ya me gusta esta ciudad. Es donde vivió mi tío, donde también él estableció su negocio. Hay un momento determinado en la vida de una ciudad en que se puede convertir en un pozo de basura y para eso basta que se presenten unos cuantos gatos hambrientos. Eso es lo que ocurrió aquí, en Union City. Si huyese ahora, yo sería un cobarde… No, Nora, no me gusta que me comparen con un roedor.

—Prefieres ser un difunto.

—Si soy un difunto, por lo menos tendré un lugar fresco donde pasar el rato.

—Me pregunto si estás chiflado.

—Todo el que intenta algo más allá de sus fuerzas está chiflado. De modo que yo debo estarlo. Pero hay chifladuras que pueden ser beneficiosas para la comunidad, y yo me voy a divertir tratando de realizar mi chifladura.

Ed besó otra vez a la joven.

—Hasta luego, Nora.

—Creo que ya no volveré a verte vivo.

—Siempre hay sorpresas.

—Eres más terco que una mula.

Mitchell rió mientras se acercaba a Cliff, que había ayudado al abuelo a meter los cadáveres de los forajidos en el carruaje.

—Cliff, he pensado que, de momento, no me haces falta. Puedes irte con el abuelo a la funeraria.

—¿Y dónde vas tú?

—A hablar con Ballard.

—Entonces, me necesitas.

—No habrá tiros.

—Eso es lo que tú dices. Pero, ¿lo sabe él?

—Lo sabrá en cuanto le diga unas cuantas palabras.

—La pregunta es si te va a dar tiempo para decírselas.

—Eso es cuenta mía. Nos veremos en la funeraria… Eh, Charlie,

¿dónde está la oficina de Ballard?

Charlie se lo indicó y Ed echó a andar hacia el fondo de la calle.

CAPITULO XI

Tom Ballard acariciaba con la mano derecha el cuello de una rubia platino y con la izquierda el de una pelirroja.

La rubia platino se llamaba Helen Fragton y la pelirroja Ann Letham.

—Quiero un collar, Tom —dijo Helen Fragton.

—Lo tendrás.

—De perlas.

—Sí, nena.

La pelirroja maulló.

—Tom, quiero un abrigo de zorra.

—Se dice de zorro.

—Oh, perdón, creí que el sexo no importaba.

—Claro que importa cuando se trata de abrigos.

En aquel momento entró un hombre en la estancia.

—Eh, Tom, salió mal la cosa.

—¿Qué es lo que salió mal?

—Los dos hombres fallaron con los funerarios.

Tom seguía cogiendo por el cuello a Helen y Ann, y las dos gritaron a un tiempo. Tenían razón para chillar, porque Ballard las estaba ahogando en un acceso de furia.

—Tom, que me dejas sin pescuezo —dijo la pelirroja.

—¡Tom, que ya no me queda aire! —exclamó la rubia platino.

Ballard empujó a ambas, arrojándolas del sofá.

—Wayne —dijo con voz ronca—, ese funerario es un truquista.

—O un gun-man.

—No puede ser un *gun-man.*

—¿Por qué no?

—¿Oíste hablar alguna vez de Ed Mitchell?

—Nunca.

—Pues ahí lo tienes. Nosotros conocemos a todos los *gun-men.* Y si no hemos oído nunca hablar de Mitchell, es porque ese tipo es un ventajista. Cara a cara, no tiene nada que hacer. Pero, ¿qué es lo que

se le ocurre para librarse de los pistoleros? Yo te lo diré. Trucos. Nada más que eso. Trucos.

—Es posible que tengas razón, Tom.

—Tú te vas a encargar de ellos.

Otro hombre entró en la estancia.

—Tiene visita, jefe. ¿Y a que no sabe quién es?

—No me gustan las adivinanzas, estúpido. Suéltalo de una vez.

—Ed Mitchell.

—¿Te refieres al funerario?

—El mismo que han de meter en el ataúd.

—Tú lo has dicho, muchacho, y yo voy a ser el que lo meta en el ataúd. ¿Lo oíste, Wayne? Aquí tenemos al tipo de los trucos. Que pase, Pat.

Pat salió y poco después entró Ed Mitchell seguido de dos hombres. Lo habían despojado del revólver.

—Hola, señor Ballard —dijo Ed, y tras mirar a las dos jóvenes, que estaban sentadas en el suelo, sobre sendos cojines, agregó—: Sabe rodearse de buena compañía.

Las dos jóvenes se echaron a reír, cubriéndose la boca con la mano.

—¿De qué os reís, estúpidas? —exclamó Ballard—. Ese chiste que acaba de decir este muchacho lo he oído unas quinientas veces este año. Eh, funerario, no es nada original.

—Probaremos otra vez... Eh, pelirroja, estás como un tren.

La pelirroja palmeó.

—¿Has oído, Tom? Estoy como un tren. Nunca me habían dicho nada parecido.

La rubia platino intervino:

—Eh, funerario, a mí no me has dicho nada.

—Porque prefiero decírtelo a solas bajo un cielo estrellado y con la luna al fondo.

La rubia platino abrió los ojos como platos y dijo:

—¡Tom! ¿Por qué no me dices tú esas cosas?

Ballard se puso en pie.

—Muchachas, una palabra más y os saco de aquí a patadas, —Señaló a Mitchell—: ¿Ya acabaste con los requiebros, funerario? Tienes la cara muy dura.

—Vengo de negocios.

—¿Has pensado que podrías salir vivo de esta casa?

—Te considero un tipo inteligente, Ballard. Creo que tú y yo podemos hacer grandes cosas.

—¿Qué, por ejemplo?

—Acabar con Peter Wyler,

—Eso es cuenta mía,

—Ya lo sé. Pero, ¿qué seguridad tienes de que no sea Wyler quien acabe contigo?

—Yo soy el más fuerte.

—Lo mismo opina Wyler de sí mismo,

—¿Y qué es lo que se te ha ocurrido?

—Que tú hagas lo mismo que hizo César Borgia.

—¿Un gun-man?

—No.

—¿Un sheriff?

—César Borgia no fue ni *gun-man* ni *sheriff*. Vivió en la Edad Media en Italia, aunque recorrió otros países.

—¿Y qué es lo que hizo ese César Borgia?

—Se valía de la astucia para llevar adelante Sus planes. Utilizó una farsa que le dio estupendos resultados. Invitaba a comer a sus enemigos, supuestamente porque se iba a reconciliar con ellos, pero en realidad lo que hacía era liquidarlos. Unas veces se valía del veneno y otras del cuchillo. Casi siempre esperaba a que sus invitados estuviesen borrachos. Sus fiestas eran muy célebres porque en ellas corría el vino. Presentaba los mejores platos de cocina, aunque, claro, algunos de ellos estaban envenenados.

Ballard miraba a Ed con la boca abierta,

—¿Es eso cierto, Mitchell?

—Seguro, Tom, Puedes consultar en cualquier libro de historia.

—No tenemos aquí ningún libro de historia.

Wayne intervino:

—Eh, jefe, no me gusta.

—¿Por qué no te gusta?

—Porque lo ha dicho él, simplemente por eso. Recuerde, es un truquista.

—Sí, es un truquista, pero da la casualidad de que está hablando de otro tipo más truquista que él, de Julio César.

—No, Tom —repuso Ed—, No fue Julio César. Se llamaba César

Borgia.

—¡Que se llamase como quisiese! Estamos hablando del mismo tipo. Tú y yo nos entendemos.

—Sí, eso es cierto.

—Pues es lo que interesa.

Ballard hizo una pausa.

—Sigue hablando de ese fulano, Mitchell.

—Fue un gran aventurero. Llegó a ser muy poderoso. Alcanzó una gran celebridad. Su nombre era admirado o temido en toda Europa. Muchos reyes lo querían tener a su lado cuando estaban enfrentados a una guerra. César Borgia llegó a ser casi sinónimo de victoria. El bando en que él estaba era el vencedor. Las mujeres se volvían locas por él.

—¿De veras?

—Las mujeres más hermosas se enamoraban de César Borgia porque lo encontraban fascinante, encantador, maravilloso...

Ballard entornó los ojos mientras se acariciaba el mentón. Cada vez estaba más interesado en el personaje del que Mitchell estaba haciendo tantas alabanzas,

—Wayne...

—Diga, jefe.

—Vamos a organizar esa fiesta.

—¡No puede hacer tal cosa!

—¿Por qué no puedo hacerlo?

—¡No se puede fiar de Ed Mitchell!

—Mitchell sólo ha sugerido la idea, y yo voy a ser el anfitrión. ¿Se dice así, Mitchell?

—Sí, Ballard. Anfitrión.

—Wayne, cada vez me gusta más la idea. ¿Te das cuenta? Podemos acabar con Peter Wyler en plena fiesta, sin disparar un solo tiro. Bastará con que a él y a sus *gun-men* se les administre un plato con una dosis de veneno. ¿Te imaginas la escena, a Peter Wyler y a los suyos pegando coletazos como las lagartijas?

Wayne sacudió la cabeza.

—Sí, ahora que lo pienso, no es mala idea. Apenas correremos riesgo.

—Seguro, Wayne, seguro.

—Falta un detalle. ¿Cómo va a convencer a Wyler?

—Es la mar de sencillo. Tú irás a hablar con él para establecer la paz. ¿Por qué hemos de pelear cuando tenemos un buen negocio? Y dile que también le cedo a Nora. Esa será la prueba de mi mejor amistad.

—Sí, creo que podrá colar. Pero, ¿qué me dice de este tipo? —Wayne estaba señalando a Ed Mitchell.

—¿Has oído, Mitchell? —sonrió Ballard—. Voy a ceder a Nora a Wyler. ¿No tienes nada que agregar en contra?

—No.

—¡Miente! —gritó Wayne—. ¡Mitchell está por Nora!

Ballard apuntó a Ed con el dedo.

—¿Qué tienes en la cabeza, Mitchell? ¿Por qué no protestas? Lógicamente debes oponerte que yo ceda a Nora a Peter Wyler.

—No puedo protestar porque no existirá una verdadera cesión. ¿Ya has olvidado que Nora es un cebo para que Wyler acuda a la fiesta?

Ballard se echó a reír palmeándose los muslos.

—Eh, Wayne, este muchacho tiene sesos en la cabeza.

—Sí, tiene sesos, pero yo se los voy a volar —dijo Wayne, sacando el revólver.

Ed levantó las manos.

—No tengo armas.

—No, no tienes revólver y por eso te voy a levantar la tapa de los sesos sin ninguna dificultad.

—Ballard —dijo Mitchell—, ¿vas a dejar que este hombre cometa un asesinato?

Wayne habló antes que su jefe.

—¡Tom, ya no lo necesitamos! ¡Te dio la idea! ¡Pero no nos hace falta para ponerla en práctica!

Ballard continuó riendo.

—¿Qué dices a eso, Ed?

—Harías el peor negocio matándome, Ballard.

—¿Por qué?

—Opino de distinta forma a Wayne. Me necesitas.

—¿Y para qué te necesito?

—Nora nunca irá a la fuerza a esa fiesta, pero yo la puedo convencer.

—Eso es relativo. Puedo amenazar a Nora y obligarla a ir.

—También me necesitarás en el transcurso de la fiesta.

—Convénceme, pero no me digas que vas a poner el veneno en los platos porque de eso se va a encargar uno de mis hombres.

—Yo impediré que Peter Wyler se entere de la encerrona.

—¿Tú?

—Vigilaré la cocina para que tus hombres puedan hacer el trabajo. Si pusieses allí a alguno de tus hombres, Wyler empezaría a sospechar. Por último, he llegado a la conclusión de que me conviene pagarte una cantidad por mi negocio, siempre que seas comprensivo.

—¿Qué tanto por ciento?

—Puedo pagarte un cincuenta por ciento, una vez haya desaparecido Wyler. Es el doble de lo que hasta ahora cobrabas. Pagaré la misma cantidad que estaba abonando. Es lo justo.

—No me parece malo.

Wayne gritó:

—¿Es que ya te ha convencido?

—Sí, Wayne, rae ha convencido. Este chico tiene muy buenas ideas y deberías aprender de él.

—No hacen falta buenas ideas cuando tenemos la fuerza de nuestra parte.

—Te he dicho muchas veces que hemos de cambiar los procedimientos si queremos seguir subsistiendo. En eso consiste el éxito, Wayne, en evolucionar según los tiempos. Necesitamos el "revólver para imponernos en Union City, pero ahora vivimos en otra época. ¿Has escuchado a Mitchell? Vamos a emplear los mismos procedimientos que César Borgia. Así deben ser las cosas. —Ballard hizo una nueva pausa—. Está bien, Mitchell. Conservarás la vida, pero me pagarás el cincuenta por ciento, y esta noche estarás en la fiesta para pegársela a Wyler. ¿De acuerdo, muchacho?

—Sí, Ballard.

—Ya puedes marcharte.

—Necesito mi revólver.

—Te lo entregarán en la puerta de la calle.

—De acuerdo.

Ballard lo despidió con un gesto de la mano y Mitchell salió de la estancia seguido por los dos pistoleros que lo habían acompañado hasta allí.

Wayne sacudió la cabeza.

—¿Estás seguro de que has procedido como debes, Tom?

—Eres un imbécil. ¿No te diste cuenta de que ya empecé a hacer el César Borgia?

—No te entiendo.

—Claro que no lo entiendes, y yo no tengo la culpa de que seas un tarugo.

—Jefe…

—Eso he dicho. Un tarugo, y no retiro una sílaba. ¿De qué se valía César Borgia para prosperar? De la astucia, y es lo que voy a hacer yo a partir de ahora, emplear la astucia para acabar con todos.

—¿Incluyes a Ed Mitchell?

—Claro que está incluido, pedazo de alcornoque. Mitchell estará allí esta noche, pero tampoco llegará a ver la luz del sol porque morirá en compañía de nuestro querido rival, Peter Wyler.

Wayne estaba serio y poco a poco se echó a reír.

—Eh, jefe, eso es digno de usted.

—¿Verdad que sí, muchacho?

Ballard se volvió hacia las jóvenes que habían escuchado la conversación con aire distraído.

—Nenas, ¿no os he impresionado?

—Oh, sí, claro que sí —dijo Helen—, pero yo quiero un collar de perlas.

—Lo tendrás.

—Y yo un abrigo de zorra —dijo la otra.

—Se dice zorro.

—Como tú quieras. Un abrigo de zorro.

—Lo tendrás, querida, y también tendrás tú el collar de perlas. Tom Ballard va a ser un tipo grande, el más grande de todos. Será el nuevo César Borgia, el hombre que acabó con sus enemigos en el transcurso de una fiesta por todo lo alto. Eh, Wayne, recuérdame que uno de los muchachos asalte una biblioteca pública.

—¿Para qué, jefe?

—¿Para qué va a ser, imbécil? Para que me saque una historia de César Borgia. Quiero conocer a fondo a ese tipo.

—Sí, jefe —dijo Wayne, y mirando al techo, repitió—: Asaltar una biblioteca pública. Demonios, si alguien me lo hubiese dicho, no lo habría creído.

—Fuera, Wayne. Tengo que despachar un par de asuntos con las muchachas.

CAPÍTULO XII

El lugarteniente de Wyler, Coe Farrell, entró en la *suite* riendo a mandíbula batiente.

Wyler enarcó las cejas.

—¿Es que te has vuelto loco, Coe?

—No.

—Si te ríes de mí o de las muchachas, te voy a despellejar vivo.

—No me río de ti ni de las muchachas.

—¿De quién, entonces?

—De Ed Mitchell.

—Ya lo mataron, ¿eh?

—No, se libró de nuestros pistoleros y de otra pareja que le envió Ballard.

—¿Y eso te causa risa, pedazo de bestia? ¡Maldita sea, ahora es cuando te voy a despellejar vivo! ¡Lo juro!

—Disculpe, jefe, pero es que acabo de verlo.

—¿A quién acabas de ver?

—A Ed Mitchell. Está ahí fuera. Imagínate, jefe. Apareció con las manos en alto y diciendo: «Eh, muchachos, no disparen, vengo a hablar con Peter Wyler».

—Conque viene a que lo maten, ¿eh?

—No creo que venga a eso.

—¿A qué vino, entonces?

—Dijo que sólo te lo diría a ti.

—Conque esas tenemos, ¿eh? Ya imagino lo que pasa, El muchacho se ha metido en un jaleo y sabe que sus horas están contadas. ¿Qué se le ocurre entonces? Está la mar de claro. Viene a arrastrarse. A eso es a lo que viene, Coe.

—¿No crees que es un espectáculo que vale la pena contemplar, jefe?

—Sí, que entre, pero vigílalo bien. Ya sabes que no me gustan las sorpresas.

—Descuida. No le permitiré que mueva un dedo.

—En cuanto lo intente, plomo con él.

—Seguro, Peter.

Coe Farrell salió de la estancia.

Wyler besó primero a una y luego a la otra.

—Que aproveche —dijo una voz.

Era Ed Mitchell, que había entrado con Coe Farrell.

Peter Wyler observó a su visitante.

—¿Estás celoso, Mitchell?

—Cualquiera se sentiría celoso con un par de bombones como ésos.

Las chicas sonrieron a Ed porque sabían apreciar una frase halagadora, especialmente viniendo de un tipo tan alto, tan guapo y tan varonil.

—Mitchell, ¿qué clase de ataúd te gusta? —ladró Wyler.

—Uno de caoba, modelo Emperador. Tiene asas doradas.

—Trato hecho. Lo tendrás. ¿Flores?

—Crisantemos.

—¿En ramo o en corona?

—Prefiero un buen ramo.

—Tomo nota de tu deseo. ¿Funeral con música y canto?

—Me gustan los coros, Wyler.

—¿Canción preferida, Mitchell?

—«Tápame el ombligo que tengo frío».

—No es la más a propósito para un funeral,

—Pero alegrará a los asistentes.

—Sí, en eso tienes razón. Eres muy considerado, Mitchell.

—Cuando puedo hacer un favor lo hago. Pero no hace falta que se tome muy en serio mis últimos deseos porque al fin y al cabo voy a tardar algún tiempo en morirme.

—¿Como cuánto?

—Pongamos veinticinco años, por poner un plazo corto.

—Tienes la cara de granito, Mitchell.

Ed se echó a reír.

Wyler hizo una mueca y volvió a prestar atención a Mitchell.

—¿A qué viniste, Ed?

—A ofrecerte mi colaboración.

—Tu colaboración no me sirve de nada.

—Muy bien, me marcharé y que te mate Ballard.

Ed dio media vuelta para marcharse.

—¡Quieto ahí! —gritó Wyler.

Ed se detuvo.

—Tú dices que ya no me necesitas.

—Sí, es cierto. Pero si creíste que te iba a dejar salir vivo, es que estás más chiflado que un rebaño de cabras. Anda, Coe, empieza a meterle una bala en la rótula.

—A la orden, jefe.

Coe sacó el revólver riendo y arqueó el dedo en el gatillo.

Mitchell cruzó los brazos y dijo con gran tranquilidad:

—Si Coe me mete una bala, no habrá salvación para ti, Wyler.

—¿Aún tienes la desfachatez de desafiarme?

—No, no me refiero a mí, Wyler, sino a la encerrona que te prepara Ballard.

—No le haga caso, jefe —dijo Coe,

—Espera un momento, Coe.

—¿Por qué quieres esperar?

—¡Porque lo mando yo y basta!

—Como tú quieras.

Wyler señaló a Mitchell con el dedo.

—Habla.

—Primero las condiciones.

—¿Qué condiciones?

—No quiero sufrir el menor daño. He venido aquí a echarte una mano. Me paso a tu bando, Peter, y con ello quiero decir que estoy de acuerdo en pagarte el cincuenta por ciento de mi negocio.

—¿Ya te arrepentiste?

—Es de hombres sensatos rectificar. Lo dijo Confucio.

—Ese Confucio debió ser un buen *gun-man.* He oído hablar un par de veces de él. ¿Tú lo conociste, Coe?

—No, Wyler. Pero creo que mi padre y Confucio tuvieron que ver algo en Abilene.

Mitchell se miró la punta de las botas.

—Confucio vivió antes de que fuese descubierta América.

Wyler miró a su lugarteniente con los dientes apretados.

—Eres un bruto, Coe. ¿Cómo pudo tu padre conocer a Confucio? ¿Por qué infiernos me tengo que rodear de brutos? A todos les digo que estudien porque el estudio hace que el hombre sepa muchas cosas. ¿Sabes lo que te digo, Coe? Que tendrás que leer muchos

libros o el día menos pensado te mandaré con Confucio.

—Jefe, yo…

—¡Silencio!

A continuación, Peter Wyler se puso en pie.

—Está bien. Acepto tus condiciones, Mitchell.

Coe fue a protestar, pero Wyler se lo impidió dirigiéndole una furiosa mirada.

—Trato hecho —dijo Mitchell.

—Háblame ahora de Ballard.

—Tiene el propósito de invitarte esta noche a una orgía.

—¿Qué es eso de una orgía? ¿Lo sabes tú, Coe?

—Claro que lo sé.

—Pues dímelo.

—Una orgía es un ajusticiamiento de muchos hombres. Ponen una horca y los van ahorcando uno a uno. De ahí se deriva la palabra. De horca, orgía.

Wyler frunció el ceño.

—¿Es eso, Mitchell?

—No.

—¿Qué es, entonces?

—No tiene nada que ver con un ajusticiamiento ni una horca. Una orgía es una fiesta en donde hay mucha comida, mucho alcohol y muchas mujeres.

—¿Has oído, Coe?

—Sí, lo oí.

—Te equivocaste otra vez.

—¿Qué culpa tengo yo?

—Claro que tienes culpa… Si estudiases más sabrías más cosas. ¡Estudia, bruto, estudia!

—Sí, jefe. Pero yo no me creo nada. ¿Lo entiendes? No me creo absolutamente ni una palabra. Ballard te dio un ultimátum y tú le diste un ultimátum a él. Uno de los dos tiene que salir de la ciudad al amanecer, y ahora viene este tipo y dice que te va a invitar a esa clase de fiesta. ¡No puede ser verdad! ¡Te quiere engañar como a un chino!

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un empleado de Wyler.

—Jefe.

—¿Qué pasa, Tim?

—Ahí fuera hay dos enviados de Tom Ballard.

Wyler entornó los ojos.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Hablar con usted sobre algo importante.

—Está bien. Hablaré ahora con ellos. Vigila a Ed Mitchell, Coe, pero no dispares hasta que yo vuelva, a no ser que Mitchell se crea demasiado listo y pretenda jugármela. ¿De acuerdo?

—Sí —asintió Coe.

Wyler salió al fin de la *suite*.

La morena puso un brazo en jarras y se dirigió a Ed andando con paso felino, como una gata.

—Eres un tipazo, chico.

—Gracias. Mi abuela ya me dijo que yo tendría mucho partido con las chicas.

Coe hizo rechinar los dientes.

—Ya te ganaste la bala, Mitchell.

—¿Por qué?

—Porque le quieres quitar la novia al jefe.

—Nadie le quiere quitar nada. Ella hizo una sugerencia y yo le contesté.

—Eso se lo dices al diablo cuando llegues al infierno.

—No puedes disparar contra mí. Te lo prohibió tu jefe.

—Mi jefe dijo que disparase contra ti si intentabas alguna cosa.

—No he intentado nada.

—Claro que sí, muchacho. Le hiciste guiños a la morena y ella está aquí para confirmarlo. ¿No es verdad, Maggie?

—No tienes razón, Coe. El no hizo nada.

—Conque te pones de su parte, ¿eh?

—Sí, me pongo de su parte.

—Ese es otro motivo para que le suelte la ración, y ya nadie lo va a librar.

Coe iba a hacer presión en el gatillo cuando Wyler entró otra vez en la *suite*.

—¿Qué haces, Coe?

—Me lo iba a cargar.

—¿Por qué?

—Porque le estaba haciendo el amor a Maggie.

Ed intervino:
—No, Wyler, no hubo tal cosa. Lo único que pasa es que Coe me tiene antipatía.
—Guarda ese revólver, Coe, y es una orden.
El lugarteniente fue a protestar otra vez, pero se quedó con la palabra en la boca y guardó el revólver.
Entonces, Wyler le soltó una bofetada que sonó como un disparo.
Coe se tambaleó y sus ojos se llenaron de lágrimas.
—Eh, jefe, sólo me interesa tu seguridad.
—No te pego por quererle meter una bala, sino porque otra vez te equivocaste.
—¿A qué te refieres?
—Vinieron dos hombres de Ballard.
—Sí, eso ya lo sé.
—Nos invitaron a una fiesta que Ballard da en nuestro honor. Quiere sellar la paz entre nosotros y me regala a Nora.
—¿Qué?
—Ya has oído, estúpido. Mitchell acertó en todo. Es más inteligente que tú y uno debe escuchar a las personas inteligentes, porque pueden decir algo de interés.
—Sigo pensando que es una trampa.
—Calla, Coe, y habla tú, Mitchell.
—Coe tiene razón esta vez —repuso Ed.
—¿En qué tiene razón?
—En lo de la trampa.
—¿Eh?
—Ballard pretende envenenarte en el transcurso de la fiesta.
Los ojos de Wyler destellaron intensamente.
—¿Que piensa envenenarme?
—Es por lo que te ha invitado. Quiere acabar contigo y con tus hombres y lo quiere hacer de una sentada.
—¿Y se va a valer del veneno?
—Sí.
—¡Ese perro! ¡Ese canalla! ¡Ese miserable reptil! ¡Le pisaré el cuello! ¿Lo oyen? ¡Le troncharé el pescuezo! ¡Juro que lo haré! ¡Y va a ser ahora mismo! ¡Prepara a los muchachos, Coe!
Coe fue a salir, pero Mitchell dijo:
—Estás cometiendo un error, Wyler.

—¡Tú cállate ahora la boca! —gritó Wyler—. ¡Yo haré justicia por mi mano! ¿O quieres que denuncie mi caso al *marshal*? ¿Es eso, Mitchell? ¿Quieres que vaya a la oficina del *marshal* y le diga: «Eh, *marshal,* Tom Ballard me la quiere jugar»?

—No, ya sé que no puedes ir con ese cuento al *marshal.*

—¿Qué es, entonces?

—Acudirás a la fiesta.

—¿Cómo?

—Debes ir a la fiesta y jugar con ventaja, puesto que ya sabes lo que Ballard quiere hacer contigo.

Coe chilló:

—¡No le hagas caso, jefe! ¡Tu plan es mejor! Acabaremos con esas víboras ahora mismo.

Mitchell siguió hablando sin perder la serenidad:

—Anda, Wyler, sigue el consejo de Coe, ataca a Ballard en su propio refugio. Es posible que triunfes, pero también es posible que sea él quien acabe contigo. Ballard estará bien resguardado. Pongámonos en el mejor de los casos, que tú eres el vencedor. ¿Cuántos morirán de los tuyos? En cambio, ¿qué pasa si vas a la fiesta sabiendo "que Ballard te ha preparado una encerrona envenenando la comida?

Peter Wyler se pellizcó el lóbulo de una oreja. Había escuchado atentamente a Mitchell y ahora se echó a reír.

Coe gritó:

—¿Por qué te ríes, Peter? ¿Dónde está el chiste que dijo Mitchell? Yo no me di cuenta de ninguno.

—Eres un burro. Eso es lo que eres. Un asno mexicano de orejas largas y patas cortas. ¿Es que no lo has oído? Jugamos con ventaja. ¿Y sabes lo que es jugar con ventaja?

—He jugado muchas veces con naipes marcados.

—Eso es, Coe. Naipes marcados. ¿No es verdad, Mitchell?

—La comparación es correcta, ya que tu podrás jugar tus naipes en el momento preciso, cuando a ti te convenga. Sorprenderás a Ballard y de eso se trata.

Wyler rió a mandíbula batiente.

—¿Te das cuenta, Coe? Yo voy a hacer otra comparación por mi cuenta. Será un juego entre el gato y el ratón, y yo voy á ser el gato. ¿Quién va a ser el ratón, Coe?

—Tom Ballard.

—Eso es, muchacho. Tom Ballard será el ratón que en un momento determinado, tratará de escapar por un agujero. ¡Pero todos los agujeros estarán cerrados, Coe, porque nosotros los vamos a tapar!

—Jefe, sólo me preocupa una cosa.

—¿A qué te refieres?

—A la comida. Estará envenenada. Y tenemos que ir allí a comer.

—Comeremos.

—¿Eh?

—Te digo que comeremos.

—Pero eso es imposible.

—Yo haré que sea posible.

CAPITULO XIII

Tom Ballard ya estaba dispuesto para la fiesta con sus hombres. Había reunido a veinte jóvenes, bonitas, atractivas.

—Esto va a ser sonado, jefe —dijo Wayne.

—Sí, muchacho. Tan sonado como lo de El Alamo —rió Ballard.

Un hombre anunció desde la puerta

—¡Peter Wyler y sus muchachos!

Wyler entró en la estancia y al ver a Ballard se dirigió a él riendo.

Ballard también salió a su encuentro y los dos se abrazaron.

—Tom, gracias por esta fiesta —dijo Wyler.

—Tú te lo mereces todo, Peter.

—Es lo que digo yo. ¿Por qué pelear por un hueso cuando el hueso es tan grande?

—Yo tengo comparado a este pueblo a una gran tarta, y si tú tienes la mitad, quiere decir que yo tengo la otra mitad. Eh, Peter, ¿dónde están tus muchachos? ¿Por qué. no entran?

—Oh, sí, ahora mismo. —Wyler se fue hacia la puerta y gritó hacia fuera—: Eh, chicos, ya podéis entrar.

Los hombres al servicio de Peter Wyler fueron entrando. Tenían las manos ocupadas porque portaban fuentes.

Ballard enarcó las cejas.

—Eh, Peter, ¿qué significa esto?

—Yo no podía consentir que tú hicieses todo el gasto, Ballard. Tú me haces una fiesta a mí y yo te la hago a ti. Por eso hemos traído la comida.

—No lo consentiré.

—Claro que lo vas a consentir. Somos como dos hermanos que están reunidos para celebrar un banquete por todo lo alto. Tú pones las mujeres y nosotros ponemos la comida y el alcohol.

Ballard sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Peter, eso sería acusarme de tacañería.

—¿Por qué, Ballard?

—¡Te lo digo yo y no consiento que nadie me llame tacaño!

—Cuidado, Tom, yo tampoco consiento que nadie me levante la voz.

—Tú empezaste teniendo esa estúpida idea de traerte la comida.

—Ya te di una explicación. ¿O es que quieres otra?

—¿Cuál, por ejemplo?

Los dos nombres se miraron retadoramente, los ojos despidiendo llamaradas.

Sus muchachos también habían quedado en suspenso y los de Wyler ya habían dejado las bandejas en las mesas. Todos estaban listos para sacar el revólver a una señal de sus jefes respectivos.

Ballard se dio cuenta de que allí podía sobrevenir una masacre tan grande como la del general Custer. ¿Y quién iba a quedar vivo? Dio un suspiro y dijo:

—Está bien, Peter. Haremos una transacción.

—¿Qué clase de transacción?

—Cada cual comerá de su comida y beberá su bebida.

Peter Wyler lanzó una risotada.

—Creo que eso es lo justo, Tom.

—A mis brazos, Peter.

Los dos hombres se abrazaron palmeándose fuertemente las espaldas,

—Eh, Tom, ¿dónde está mi regalo?

—¿Qué regalo?

—Ya sabes a qué me refiero. A Nora.

—¿A Nora?

—Sí. ¿O es que te vas a volver atrás?

—Está bien, está bien, te regalaré a Nora.

—Quiero verla, Tom.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque Nora está en la cocina preparando nuestra comida.

—Bueno, no creo que sea el mejor momento para recibir a Nora. Ella será un buen postre.

Ballard se echó a reír y palmeó otra vez a su amigo.

—Eso fue ingenioso, Peter. Nora será tu postre… Muy gracioso.

* * *

Nora estaba en la cocina cuando sintió unas manos por detrás.

—Suéltame, bandido —dijo porque creyó que se trataba de uno de los hombres de Ballard.

Pero era Ed Mitchell.

—Oh, Ed, al fin estás aquí.

Ed la besó.

Se soltaron al oír una voz:

—Eh, palomitos. Eso no está nada bien.

Era Coe, el lugarteniente de Peter Wyler, que reía enseñando los dientes cortados como los de un lobo.

—Eh, Mitchell, no está bien tocar lo que pertenece a mi jefe.

Nora protestó:

—Yo no soy propiedad de nadie y menos de tu jefe.

—Eso es lo que tú crees, nena, pero te regalaron.

—¿De qué está hablando? ¿Quién me regaló?

—Ballard te regaló a Wyler.

—Ballard no podía regalarme porque tampoco es mi dueño.

—Sin embargo, hay una persona que dio su consentimiento.

—¿Quién?

—El hombre que nos está escuchando. Ed Mitchell.

—No es cierto.

—Pregúntaselo a él.

—Yo sólo vine aquí contratada por tres dólares a la hora, y a cambio debo cocinar. ¿Lo oye usted, Coe?

—Eso es lo que tú piensas, pero las cosas están de distinta forma. Te repito que fuiste regalada a mi jefe, y ese muchacho tan listo, Ed Mitchell", dio su aprobación.

Nora miró a los ojos de Ed.

—¿Es verdad, Ed?

Mitchell no respondió y la joven fue empalideciendo poco a poco.

—Eh, dime que no es verdad, dime que este hombre me está engañando, que tú no aprobaste que me regalasen como si yo fuese un animal o un objeto.

—Verás, Nora...

—¡Entonces, es cierto! ¡Todo lo tuyo ha sido pamplinería!

—No, Nora.

—¡No quiero verte! ¡Lárgate! ¡Fuera de aquí!

—Está bien, ya me voy.

—¡Y no vuelvas más!

Coe soltó una risita.

—Eh, Mitchell, tengo que pedirte perdón por haber interrumpido tu romance.

Ed pegó un derechazo en el mentón de Coe y éste se fue por la puerta.

Mitchell siguió a Coe porque supo que éste iba a utilizar el revólver. No dejó que lo hiciese porque le pegó un patadón en la mano armada.

El arma voló por el aire.

Coe se puso en pie y levantó los puños.

—Mitchell, te voy a convertir en un pingajo.

—No lo intentes.

—Te tengo asco.

—El sentimiento es recíproco, Coe.

—Cuando te mires en un espejo, vas a pedir socorro a tu madre.

—¿De veras?

—Te voy a deshacer esa cara tan mona que tienes.

—Lo iban a sentir mucho las mujeres.

Coe se lanzó sobre Mitchell disparando los puños.

Ed burló la acometida saltando a derecha e izquierda. Luego le llegó el turno de poner en marcha sus puños.

Coe recibió un impacto en plena boca y se tambaleó.

Mitchell le pegó otro sacudón en el pómulo.

Coe giró como una peonza, pero antes de que cayese tuvo que soportar un terrible gancho que lo levantó hacia el techo.

Rodó por el suelo y quedó inerte.

Mitchell echó una mirada a la cocina en cuyo hueco estaba Nora.

—Hablaré contigo luego, Nora.

Ella levantó la barbilla y desapareció en la cocina.

Mitchell fue al salón en donde se estaba celebrando la fiesta.

Se acercó a Cliff, el cual estaba en compañía de una rubia.

—Eh, Cliff, no bebas demasiado.

—¿Qué pasa, muchacho?

—Sólo quiero recordarte una cosa, que si te descuidas también nosotros iremos a parar a un ataúd.

—No me amargues la juerga.

—Nadie te la amarga. Sólo quiero meterte un poco de sentido común en la cabeza.

—¿Viste qué muñeca encontré? Se llama Cleo. Nena, te presento a ese amigo que todos tenemos y que sólo se ocupa de fastidiar. Ed Mitchell.

—Hola, Cleo —saludó Ed.

El *marshal* se aproximó a Mitchell.

—Bonita fiesta —dijo.

—¿Usted cree, *marshall*

—Es hermoso que reine la paz entre los hombres.

—Está hablando de alimañas, y no de seres humanos.

—Pero también conviene que las alimañas se aplaquen.

—*Marshal,* está errado.

Instintivamente, Cassius Coock se miró los pies. Soltó un gruñido y observó otra vez a Mitchell.

—¿Por qué está de broma, Ed?

—Muy pronto me pondré serio.

—Lo dice como si aquí fuese a pasar algo.

—Va a pasar algo.

—¿Qué cosa?

—Esté atento, pero no se lo diga a nadie.

El *marshal* empinó la botella que tenía en la mano, una de ginebra, y después de beber un trago, dijo:

—Es usted un aguafiestas, Ed.

Media docena de hombres llegaron de la cocina portando las fuentes de comida destinadas a Tom Ballard y a sus hombres.

CAPITULO XIV

La fiesta transcurría en medio de un gran jolgorio.

Naturalmente, cada pandilla de forajidos sólo comía de lo que había sido preparado para ellos, y nadie osaba invitar al otro, porque sabía lo que podía encontrarse, una negativa rotunda que podía ser el principio de una pelea. Con la bebida pasaba lo mismo. Pero todos ellos, como si estuviesen seguros del triunfo final, reían y se divertían. Pero, analizando estas risas, un observador imparcial llegaría a la conclusión de que eran falsas. Todos esperaban algo, y esto correspondía a los jefes.

Tom Ballard y Peter Wyler se habían reservado para sí a las muchachas más bonitas.

Wyler golpeó en el hombro de Ballard.

—Eh, Tom.

—¿Qué pasa, Wyler? —preguntó Ballard.

—Quiero mi regalo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, Trae a Nora.

—Espera un momento, Peter.

—¿Por qué tengo que esperar?

—Creí que te la reservabas para el postre.

—He cambiado de opinión.

—Perdona, Wyler, pero a ella le puede sentar muy mal.

—¿Qué cosa le puede sentar mal?

—No es como estas chicas. A Nora no le gustará participar en un festín.

Wyler entornó los ojos sopesando las palabras de Tom Ballard. Se daba cuenta de que si insistía en pedir a Nora, se podía producir la batalla.

Ballard se puso en pie y Wyler se dio cuenta de ello.

—Eh, ¿adónde vas, Ballard?

—Al excusado.

—No me gusta.

—Peter, ¿es que no te fías de mí?

—No, no me fío de ti.

—Debo ir al excusado. Si quieres, puedes venir conmigo. No hay inconveniente.

Wyler soltó una risita.

—Está bien, Ballard. Vete, pero no tardes más de cinco minutos o me pondré nervioso.

—Habrá bastante con cinco minutos.

—Y será mejor que no salga ninguno de tus hombres.

—Voy solo al excusado.

—Trato hecho.

Ballard se marchó.

Ed Mitchell, que estaba atento al movimiento de los dos jefes, al ver salir a Ballard, se quedó preocupado. ¿Es que Ballard iba a hacer saltar ya el polvorín? Pero, ¿por qué Wyler no había ido con él para vigilarlo?

Decidió poner en práctica su plan.

Los hombres de Ballard estaban en una mesa y los de Wyler en otra.

—Eh, Coe, ¿me dejas esa rubia? —preguntó Ed al lugarteniente de Wyler, que estaba en compañía de una joven de mohín picaresco.

Coe mostraba en la cara las señales de los golpes que le había propinado Ed.

—Vete al infierno, Mitchell. Ya falta poco para que yo vea cómo se te hacen nudos en las tripas.

—¿Y por qué me va a ocurrir eso?

—Ya lo sabrás.

—Coe, tú y yo deberíamos comprendemos. Al final seríamos como hermanos.

—Lárgate de aquí. Si yo tuviese un hermano como tú, me tiraría a un pozo.

La mano derecha de Ed no había estado quieta. Mientras hablaba con Coe, dejó caer unos polvos en la ponchera.

—Está bien, Coe, como tú quieras. Iré a tirarme a un pozo.

Se apartó de él, encaminándose hacia la mesa en donde se encontraban los hombres de Ballard.

El hombre de confianza de Tom Ballard, Wayne Parson estaba con dos *girls*.

—Eh, Parson, ¿no crees que tienes demasiado tomate? —dijo Ed.

—Prueba a quitarme una y te la ganas.

—El reparto no es justo. Te reservaste a las mejores.

—Categoría que tiene uno.

—Déjame a la morena.

—Vete y róbale a tu padre.

—Como tú quieras, Parson —dijo Ed, que ya había dejado caer los polvos en la ponchera que estaba al lado de Wayne.

Regresó junto a Cliff y en aquel momento vio que Ballard regresaba del excusado.

—Cliff —dijo en un murmullo—, la verdadera fiesta va a comentar ahora.

—La fiesta ya empezó hace rato. ¿A qué te refieres?

—A los fuegos artificiales.

Cliff fue a gritar y probablemente habría repetido aquellas palabras, pero Ed le atrapó un trozo de carne del costado y se lo retorció.

—Silencio, Cliff.

Esta vez su amigo le comprendió y ya no dijo nada.

Ed observaba una y otra ponchera. Va habían bebido de ellas Coe y Parson.

De repente, Coe pegó un salto y se levantó. La chica que estaba con él, exclamó:

—Eh, Coe, ¿qué te pasa?

Coe estaba inmóvil, pero los ojos se le iban agrandando poco a poco. Alzó una mano.

—¡Jefe! —gritó con todas sus fuerzas.

Las conversaciones se fueron interrumpiendo poco a poco.

Peter Wyler se levantó también de un salto y corrió hacia su lugarteniente.

—¿Qué te pasa, Coe?

Coe se llevó la mano a la garganta.

—Creo que he sido envenenado.

—¡No!

—Sí, jefe, envenenado... Todo me da vueltas... Mi cabeza está pesada como si me hubiesen puesto alrededor del cuello una roca de diez toneladas... No te veo jefe, ¿dónde estás?

—Aquí, a tu lado.

—¡No te veo, jefe! ¡Todo está oscuro! ¡Me muero…!

Así diciendo, Coe osciló y se derrumbó.

Wyler miró asombrado a su lugarteniente, que había quedado a sus pies, pero inmediatamente volvió los ojos hacia Ballard.

—¡Tom, bastardo, esto es obra tuya!

Ballard estaba desconcertado, ya que sus hombres no habían sacado la bebida con veneno que tenían dispuesta poco antes de que empezase la cena, porque Wyler anunció su decisión de comer y beber de lo que traían.

—No, Peter, no he hecho nada.

—Canalla, ¿vas a negar que has envenenado a Coe?

—Claro que lo niego.

—Esto es una encerrona, Ballard.

—No sabes lo que dices.

—¿Crees que me chupo el dedo, Ballard?

—Te equivocas.

—Sabía qué clase de hijo de perra eras tú. Por eso me tomé las precauciones. ¿Lo oyes? ¡Por eso vine preparado!

En aquel momento, Wayne Parson soltó un aullido:

—¡Ballard! —gritó—. ¡He sido envenenado!

Se hizo un gran silencio.

Wayne se tambaleó y arrojó una silla al suelo. Sus ojos parecían cuentas mal ajustadas, tal era el giro vertiginoso que habían adquirido. Luego soltó un aullido mayor que antes y se desplomó.

CAPITULO XV

El rostro de Ballard se estaba poniendo pálido, como el de un moribundo.

—¡Wyler! ¡Víbora! —chilló.

—Cuidado, yo no tengo nada que ver con eso —Wyler estaba señalando el cuerpo inmóvil de Wayne.

—Conque no, ¿eh? Dime que Wayne Parson se acaba de suicidar.

—Qué tipo más grande eres tú, al darme la razón... Pero quiero que me des otra prueba de que tú no tienes nada que ver con lo que le ha pasado a Parson.

—¿Á qué te refieres?

—A que debes beber de esa ponchera.

—Repítelo.

—No lo repetiré porque me has oído bien, víbora Wyler.

El aludido se inclinó adelante y sonrió con ferocidad.

—Tú vas a hacer otra cosa por mí, Ballard. Beberás de la ponchera que bebió Coe.

—¿Cómo?

—Tampoco lo repetiré, porque me has oído perfectamente.

Hubo una pausa. Los hombres de uno y otro bando se habían librado ya de las mujeres. Algunos estaban mareados, pero trataban de despejarse, sacudiendo la cabeza y restregándose los ojos, porque sabían que, si no recuperaban pronto la serenidad, podían irse al otro mundo. Los dos jefes estaban discutiendo, pero, cuando uno de ellos, Ballard o Wyler, sacase el revólver, sería la señal para liarse a tiros con el enemigo más cercano. Esas habían sido las instrucciones y tenían que sujetarse estrictamente a ellas, porque les iba la vida en ello.

Por su parte, Ed y Cliff esperaban ansiosos el desenlace de aquel diálogo cargado de amenazas entre los dos forajidos que estaban ordeñando a la comunidad de Union City.

Wyler levantó el brazo y señaló a su rival.

—Ballard, he dicho que vas a beber de la ponchera.

—Y yo te he dicho que tú beberás también de esa otra ponchera, Wyler.

—Tú beberás primero, Ballard.

—Tú el primero, Wyler.

El *marshal* de Union City carraspeó fuertemente y dijo:

—Tengo una idea.

Los dos forajidos le miraron.

—Hable —dijo Ballard.

—Sí, hable, *marshal* —convino Wyler.

Cassius Coock carraspeó otra vez.

—Ya que ustedes no se ponen de acuerdo, deben beber los dos al mismo tiempo. Cada uno de su ponchera.

Los dos forajidos asesinaron con la mirada al *marshal.*

—Imbécil —dijo Ballard.

—Estúpido —dijo Wyler.

—Eh, ¿qué he dicho yo para que me traten así? —repuso el *marshal.*

—Es la mar de sencillo, *marshal* —le contestó Ballard—. Si los dos bebemos, los dos morimos.

—Eso —dijo Wyler—. Porque las dos poncheras están envenenadas.

—Yo tengo una idea mejor, *marshal* —dijo Ballard.

—¿De veras?

—Usted va a beber de las dos poncheras, primero de una y luego de otra.

—¡Oh, no!

—Claro que lo hará.

El representante de la ley se dejó caer de rodillas.

—¡No me obliguen a hacer eso! ¡Yo vine aquí como invitado! ¡No tienen derecho a hacer eso conmigo! ¡Yo les he dejado hacer lo que quisiesen! ¡No pueden pagarme ahora con la muerte! ¡No pueden! ¡Si quieren que beba, beberé! ¡Miren cómo bebo!

El *marshal* empinó la botella de ginebra y bebió a grandes tragos.

Ballard apartó al representante de la ley pegándole una patada en el costado.

Coock se alejó dando vueltas, pero quizá él se dio impulso, porque no le interesaba estar tan cerca del lugar en donde se ventilaba el desafío.

Tras el incidente del *marshal,* Wyler y Ballard se miraron otra vez con salvajismo.

—Ballard, nunca debiste romper nuestro pacto.

—No lo rompí, Peter,

—Tú lo rompiste al traerme a esta puerca fiesta.

—Quería agasajarte.

—Oh, sí, claro. Tú querías agasajarme y me ibas a regalar a Nora.

—Fue lo que dije.

—Fue lo que dijiste, pero no ibas a cumplir.

—Claro que cumpliré.

—No lo ibas a cumplir por la sencilla razón de que antes me ibas a despachar.

Ballard había dado órdenes estrictas a los dos pistoleros recién contratados. A Bing Mac Kenna y a Morgan Wells. Eran de lo mejor, y a ninguno de los dos le gustaba el licor. Sólo se habían divertido con las chicas, sin extralimitarse. Eran dos *gun-men* profesionales, dos asesinos a sueldo, y conocían su oficio. En cuanto Ballard dejase caer una servilleta al suelo, ellos tenían que echar mano al revólver.

Y por eso, Bing Mac Kenna y Morgan Wells estaban mirando fijamente a Ballard para captar la señal.

Ballard cogió una servilleta de la mesa, mientras gritaba:

—Wyler, no consiento que nadie me llame tramposo.

—Tu eres algo peor que un tramposo, Ballard. Eres un cerdo de cuatro patas.

—¿Yo un cerdo de cuatro patas?

—Con rabo y todo.

—¿Y sabes lo que tú eres, Wyler?

—El tipo que va a acabar contigo.

—No, no eres esa clase de hombre. Nadie va a acabar conmigo. Tú eres un caimán de la ciénaga, un reptil asqueroso lleno de conchas.

Ballard dejó caer la servilleta al suelo.

Mac Kenna y Morgan tiraron del revólver y se pusieron a disparar contra los pistoleros que tenían más cerca, porque Ballard les había dicho que Wyler era cuenta de él.

Ballard y Wyler volaron por el aire en busca de refugio.

El *saloon* se convirtió en una jaula de locos. Las mujeres corrían a

gatas chillando, buscando puertas inexistentes.

El *marshal* pegó dos tremendos saltos y trató de resguardarse tras de una silla, pero comprendió que era demasiado poco para tanta bala como se iba a repartir allí y buscó una ventana para saltar, pero en el camino resbaló y cayó a cuatro patas.

En un momento ya se podían contar cinco muertos y casi todos ellos habían sido producidos por las balas de Bing Mac Kenna y Morgan Wells.

Ambos pistoleros habían recibido una misión especial, la de cargarse a Ed Mitchell y Cliff Williams, en el caso de que estuviesen vivos.

Estos dos se habían puesto en cuclillas detrás de una mesa.

—Demonios —dijo Cliff—. Esto va a ser sonado.

—Sí, muchacho —contestó Ed—. Pero es necesario que lo intentemos.

—Estupendo. Hay que salir de aquí. Siempre se te ocurre la mejor solución para nosotros.

—No dije eso. Hay que hacer frente a estos hombres ahora, que están luchando entre ellos. Bing y Morgan están haciendo una carnicería. Hay que acabar con ellos o liquidarán a los hombres de Wyler inmediatamente, y no nos conviene que termine tan pronto la lucha.

Bing Mac Kenna y Morgan Wells dominaban la situación y hasta ahora no habían buscado refugio. Reían con los ojos desencajados porque lo estaban pasando en grande.

—¡Eh, Morgan! —dijo Bing Mac Kenna—. Es como tirar contra patos salvajes.

—Yo ya cacé a tres.

—Yo *a* dos, pero voy a empatar contigo, porque a ése lo voy a cazar por eí ala.

Bing empató con su compañero, porque la bala que puso en marcha atrapó por el sobaco a un tipo que trataba de llegar a rastras hasta un biombo.

Ed Mitchell se levantó con el revólver en la mano y Cliff le secundó.

Bing Mac Kenna los vio y dijo:

—Eh, Morgan, ahí tenemos a los patos más importantes. Los quiero asados.

—El señor está servido —dijo Morgan y lanzó una carcajada.
—Para mí el tipo llamado Mitchell. Para ti el otro.
—Listo, chico. Allá va.

CAPITULO XVI

Ed Mitchell y Cliff Williams mandaron plomo a Bing Mac Kenna y Morgan Wells una fracción de segundo antes de que éstos apretasen de nuevo el gatillo.

Bing Mac Kenna fue atrapado por una posta en el centro del pecho. Tosió, pero el plomo no le podía salir por la boca, porque estaba bien agarrado.

—¡Morgan! —dijo.

—¿Qué pasa, Bing?

—Me dieron...

—A mi también.

—No puede ser.

—Sí, Bing. Me hirieron en el estómago.

Los dos se estaban tambaleando y recibieron más. Chocaron entre sí y cayeron. Morgan todavía trató de volverse para continuar haciendo fuego sobre los hombres que estaban acabando con ellos, pero un plomo le entró por la nuca y ése fue el final.

Tom Ballard estaba maldiciendo a voz en grito. Todo había salido mal. ¿Por qué, infiernos? La razón era sencilla. Alguien no había cumplido sus órdenes. ¿Qué tipo maldito envenenó la primera ponchera y qué tipo maldito envenenó la segunda?

De repente, su mente se iluminó. Un nombre había cruzado por ella como una exhalación, pero ahora se detuvo. Ed Mitchell. ¿Cómo no lo había pensado antes? Sólo podía ser Ed Mitchell. Aquel funerario, aquel intruso, aquel estúpido había jugado con ellos, con él y Peter Wyler, como con dos niños. Esa era la única solución al problema creado por las condenadas poncheras envenenadas. Mitchell era el autor del envenenamiento.

—¡Wyler! —gritó.

—¿Qué pasa, sapo?

—Ya lo tengo todo.

—Enhorabuena, porque también vas a tener un ataúd.

—Wyler, hemos sido traicionados.

—Claro, ahora se te ocurre otra historia. Es raro que no lo

hubieses dicho antes,

—Somos un par de víctimas.

—Víctimas de las circunstancias, ¿eh, Ballard?

—No, no somos víctimas de las circunstancias porque hay una persona responsable de todo esto. Ed Mitchell.

—Cuéntame una de miedo.

—¿Es que no te has dado cuenta, Wyler? Ed Mitchell nos ha engañado a los dos. A ti y a mí. Estoy seguro de que Mitchell habló contigo antes de la fiesta, pero también habló conmigo. Mitchell es el autor de esta trampa y los dos hemos caídos como dos parvulillos.

Wyler no dijo nada, lo cual quería decir que estaba considerando las palabras de Ballard, pero sus hombres y los de Ballard continuaban haciendo fuego y, de vez en cuando, un aullido de muerte rasgaba la atmósfera. Las mujeres tampoco callaban, porque cada diez segundos se oían sus gritos estridentes.

Cliff y Ed estaban otra vez en el suelo. El primero llamó la atención del segundo con el codo.

—Eh, Mitchell, esto se pone feo.

—No creo.

—¿Es que no has oído a los dos jefazos? Se han dado cuenta de que se la diste con queso.

En aquel momento, Peter Wyler exclamó:

—¡Ballard, creo que tienes razón!

—Entonces, da la orden a tus hombres de que no disparen contra los míos.

—Tú harás lo mismo.

—Claro que haré lo mismo. Nuestros enemigos son Ed Mitchell y su compañero. ¿No has visto cómo se cargaron a Bing Mac Kenna y a Morgan Wells?

Cliff gimió:

—Ya se acabó esto, Ed, y me va a pillar sin hacer testamento.

—No tienes nada.

—Tengo algo ahora. Soy tu socio en el negocio de la funeraria. ¿A quién se la dejamos?

—A nosotros mismos, porque vamos a salir de aquí vivos. Yo me encargaré de Ballard y tú de Wyler.

—Yo no me encargaré de nada.

—Es nuestra única posibilidad de que sigamos vivos.

Ed empezó a arrastrarse.

—¿Adónde vas, Ed?

—Ya te lo he dicho. A cargarme a Ballard. Ocúpate de Wyler.

Mitchell ya no agregó nada. Estaba llegando al sofá tras el que se encontraba Ballard. Se dejó caer por uno de los extremos.

Ballard tenía al lado a uno de sus hombres.

—Hola, sapo —dijo Mitchell.

—¡Cuidado, Ben! —dijo Ballard.

Pero su aviso no fue bastante rápido, porque Mitchell apretó el gatillo sin interrupción.

En el pecho de Ballard aparecieron tres agujeros, muy próximos al corazón.

Soltó una bocanada de sangre y se derrumbó sobre el sicario llamado Ben, justo en el momento en que éste también paraba una bala con la nariz. Los dos, Ballard y Ben, cayeron estrechamente enlazados.

Cliff, a regañadientes, había ido hacia el lugar de donde había partido la voz de Wyler, pero en el camino se encontró con dos tipos a los que tuvo que tumbar.

Wyler le dio la sorpresa apareciendo por detrás de un sillón.

Durante un segundo, Cliff vio aquel revólver que le apuntaba y pensó que ya no había salvación para él. Rodó por el suelo y eso le libró de una muerte segura. Entre vuelta y vuelta, mandó dos plomos y, como Wyler se había quedado quieto, confiado, no se perdió uno solo de la ración. Cayó hacia atrás y estrelló la cabeza contra el suelo. Se rompió el cráneo, pero él no se enteró porque ya estaba muerto.

Los dos socios de la empresa de pompas fúnebres de Union City continuaron haciendo de las suyas y, en poco tiempo, otros cuatro hombres tomaron el camino que habían emprendido Ballard y Wyler.

En un momento determinado, se oyó la voz del *marshal:*

—Eh, muchachos, estáis listos. Os quedasteis sin jefe. Yo creo que, tal como están las cosas, no deberíais dar más trabajo a los chicos de los ataúdes.

Los supervivientes encontraron las palabras del *marshal* muy sensatas y empezaron a entregarse, levantando las manos.

Ed sonrió a Cliff.

—¿No te lo dije? Todo salió bien.

—Eres el tipo más suertudo que he conocido en mi vida.

—Tú sales ganando porque soy tu socio. Echale una mano al *marshal*.

—¿Adónde vas tú?

—A echarle una mano a Nora.

Ed entró en la cocina. No vio a Nora y el corazón le dio un vuelco, porque una bala perdida la podría haber matado.

—¡Nora! —llamó.

La joven salió de un rincón. Tenía la cara tiznada y quizá ella no se había dado cuenta de eso.

Ed se echó a reír y Nora pegó una patadita en el suelo.

—No fue nada gracioso ese tiroteo, Ed.

—Ya terminó y nosotros ganamos.

—¿Nosotros?

—Sí, Cliff, tú, yo, el pueblo de Union City...

—¿Quieres decir que Tom Ballard y Peter Wyler...?

—Están muertos. Ya han dejado de chupar la sangre a los ciudadanos.

—¡Oh, Ed, eres maravilloso! —exclamó Nora y echó a correr hacia Mitchell.

El la recibió entre sus brazos y la estrechó contra su pecho. Sus labios quedaron unidos en un prolongado beso.

* * *

El *marshal* de Union City, Cassius Coock, presentó la dimisión al día siguiente y, fue elegido un nuevo representante de la ley, cargo que le fue concedido a Ed Mitchell.

Wayne Parson y Coe Farrell, que sólo habían dormido un sueño tras beber de las poncheras en que Mitchell había dejado caer los polvos, fueron encerrados en celdas y juzgados más tarde. Culpables de múltiples asesinatos, terminaron en la horca.

Cliff Williams quedó al frente del negocio de pompas fúnebres y fue un hombre de negocios modelo.

Una semana después de la muerte de Tom Ballard y Peter Wyler, Ed Mitchell se casó con Nora Clelling. Tuvieron tres hijos en los tres siguientes años.

Hoy día, un biznieto de Ed Mitchell es el comisario de Union City, y conserva en su oficina recuerdos de aquel hombre que vendió ataúdes y, gracias al cual, unos ciudadanos atemorizados recuperaron su libertad.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.